

DYLAN MARTINS

Buscando a CAROLA



DYLAN MARTINS

Buscando a

CAROLA

DM

Primera edición

Buscando a Carola

© 2020, Dylan Martins.

© Imagen portada: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Dedicatorias

A mi mejor amigo, ese que emprendió un día un viaje en busca de Carola.

A mi hermana, ¿qué sería de mi vida sin ella? No lo sé, pero para lo bueno y lo malo es todo aquello que quiero proteger y cuidar como el mayor de mis tesoros. Gracias por estar en mi vida, sin ti nada sería igual.

A las chicas de la tribu, gracias por tan buenos momentos, por estar ahí y por animarme a seguir al pie del cañón cuando las fuerzas flaquean.

A mis amigos, sin ellos la vida sería muy aburrida.

A todos los que me leéis desde todos los rincones del planeta, os mando un fuerte abrazo; aunque no os conozca os estaré siempre eternamente agradecido.

A Ariadna, eres el buen corazón de este mundo loco de las letras, gracias por ese cariño tan grande que transmites, gracias por todo.

A Hugo, mi otra mitad de esta aventura, mi hermano de corazón.

A Manu, el boludo más grande de los jefes, nuestro trillizo de la tribu que apareció un día poniendo todo patas arriba.

A Reme, nada sería igual sin ti, gracias por ese cariño, por ese amor y por esa labor de promoción que haces. Eres ya una más de mi familia, eres mi monita.

A Sol, la jefa de los jefes además de la mejor ilustradora, gracias por esa promoción en todas las redes y por estar ahí, gracias por entrar en mi vida.

A Mercedes, por estos dos años que llevas acompañándome en este viaje literario, con esos buenos días en forma de café virtual, gracias por haberme aguantado cuando ni yo mismo lo hacía.

A Carola, siempre sentiré admiración por todo lo que haces, eso que solo te sale con el alma. Una amiga para toda la vida.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)



Un día eres joven y al otro te das cuenta de que todo ha cambiado...

Sigues teniendo ese espíritu juvenil, pero ya no te molestan las cosas que antes lo hacían, y es ahí donde tomas conciencia de que cometiste errores que te marcarán de por vida.

Capítulo 1



Suena la emisora de radio que tanto me gusta escuchar, mientras hago un siseo para que mi compañera me mire.

—Dos horas —el gesto de mi dedo acompañó al murmullo, para que los demás no se percataran.

—Te irá bien —me hizo un guiño de esos que no terminaron de convencerme.

Ya lo tenía decidido... Me iba a buscar a Carola, esa mujer que un día dejé marchar por querer vivir una vida que posteriormente me daría cuenta de que poco tenía que ver con lo que yo deseaba. Ni que decir tiene que me arrepentí hasta la saciedad, pero ya fue demasiado tarde, se había marchado a trabajar fuera y nunca más la volví a ver.

Emma me miraba sonriente, ella representaba esa fiel compañera, amiga y cómplice que todos deberíamos tener; esa persona que siempre está ahí para escuchar tus lamentaciones, tus locuras y cualquier hecho digno de contar que te ocurriera.

Tenía un mes de vacaciones por delante y era ahora o nunca; me iba a embarcar en un viaje que me llevaría a saber que fue de Carola, si tenía la oportunidad de volverla a conquistar o por el contrario ya había rehecho su vida y era feliz junto a otro hombre.

Los nervios se apoderaron de mí mientras veía que esa reunión no terminaba, se estaba haciendo de lo más tediosa y aburrida, como si pasara a cámara lenta. Es lo que tenía el trabajo, aguantar para conseguir captar clientes para nuestra empresa, de la que Emma y yo éramos socios. Nos dedicábamos a la exportación de productos ibéricos que hacíamos llegar a todos los rincones del mundo y tenía que reconocer que demasiado bien nos iba. No tenía queja ninguna en ese sentido.

Siempre cerrábamos en agosto, solo permanecían en sus puestos los de ventas online, así que nosotros aprovechábamos para tomar unas merecidas vacaciones. Sin embargo, este año iba a ser diferente, me iba a

encontrar con la realidad de mis sentimientos, con aquella mujer que nunca debí dejar escapar. Si no hubiera sido tan necio...

Terminamos el trabajo, me despedí de todos y besé a mi amiga con todas las fuerzas del mundo; ella no dejaba de desearme suerte y yo la iba a necesitar, algo me decía que ya nada iba a ser como antes, pero yo quería quemar mi último cartucho. Dicen que quien no arriesga no gana, y yo esa máxima la iba a llevar grabada a fuego a partir de ahora. Había llegado el momento y lo iba a afrontar con grandes dosis de ganas, valentía e ilusión.

Llegué a mi casa, cogí todas mis pertenencias y salí hacia el aeropuerto como alma que lleva el diablo. Estaba claro que iba a contrarreloj, el vuelo salía en dos horas y hacía una que debía de hacer facturado al ser un trayecto internacional, así que me apresuré todo lo que pude, aparqué y entré veloz.

Ya había previsto que iría algo corto de tiempo, pero no podía imaginar que esa circunstancia me fuera a generar tantos nervios. Me equivoqué, las emociones iban colapsando mi mente y me pesaban como el plomo, mientras que mi cuerpo debía correr veloz como una gacela.

El aeropuerto se me antojó más grande que nunca y la terminal, interminable, haciendo un juego de palabras. Fui directo a meter la maleta, la azafata me dio las buenas tardes sonriente, tarjetas de embarque y listo para comenzar ese largo viaje.

En el aeropuerto, mientras esperaba cerca de la zona de embarque, me metí en las tiendas. Compré un bolso de una marca muy juvenil que le gustaba mucho a Carola, a no ser que en estos dos años hubiera cambiado, pero yo lo hacía como si ella me estuviera esperando, inocente de mí... Al fin y al cabo, era la última baza que tenía para intentar enmendar el error que había cometido.

Debía afrontar la situación con naturalidad para no caer presa de los nervios, por lo que una y mil veces me había hecho en mi cabeza la composición mental... Soñaba dormido y despierto con que ella me esperaría, con los brazos abiertos... y con el corazón aún más.

Y ahora este viaje...

No contento con llevarle solo el bolso, compré también el perfume que tanto le gustaba y pensé sí en ese lugar lo usaría. Casi con toda probabilidad diría que no, pero eso no mermaba la ilusión con la que yo lo hacía. Y ello sin contar con el hecho de que, conforme se iba acercando el

momento del embarque, sentía que las piernas me temblaban más y más. Seguro que, si Carola me hubiera podido ver por un agujero, diría que yo tenía el baile de San Vito en ese momento. Ella y sus ocurrencias, cuantísimo la había echado de menos en este tiempo que llevaba sin verla.

Una azafata me acompañó hasta mi asiento, eso de ir en primera clase tenía unos beneficios nada desdeñables. Y sobre todo para un viaje tan largo, el que me llevaría al corazón de Ruanda y el que yo pretendía que me llevara también de nuevo al de Carola, haciendo el paralelismo.

Carola era médico y prestaba sus servicios para una ONG que contaba con bases en todo el mundo, principalmente en lugares deprimidos y recónditos donde la población era más vulnerable. Digamos que aquellos sitios no eran precisamente turísticos, hasta el punto de que tuve que pedir permisos especiales para llegar hasta donde estaba ella.

En mi caso, yo iba de apoyo en unas vacaciones solidarias cuyo coste asumí con gusto, como integrante de un programa que ofrecía cada etapa vacacional esa institución y que suponía mi salvoconducto para poder llegar hasta ella. No quería ni imaginar la cara que pondría al verme aparecer allí, en aquella pequeña aldea, miedo me daba.

La triste historia de Ruanda incluía el haber sufrido un genocidio en el año 1994, un suceso que se saldó con la muerte de unas ochocientas mil personas. Una tragedia de tal magnitud marcaría un antes y un después en aquel país del África continental, dado lo devastadora que fue. Para hacernos una idea, sirva la escalofriante cifra estimada de que, en torno al setenta y cinco por ciento de los niños del país quedaron huérfanos de uno de sus dos padres, y en muchos casos de los dos.

Y para más inri, la situación a la fecha actual no es que sea para tirar cohetes precisamente. No en vano, se calcula que la mitad del país vive por debajo de los umbrales de pobreza. A la fuerza, una situación así, como ya comentaba, convierte a su población en especialmente vulnerable.

Por si esto fuera poco, allí existían muchos otros dramas ocultos como los miles de hijos de mujeres lugareñas que fueron violadas durante el intento de exterminio contra la etnia tutsi.

Y ello explica la existencia de muchas organizaciones encargadas de las aldeas o comunidades, en la que voluntarios como yo, además de

trabajadores médicos, se encargaban de que en el lugar se dieran las circunstancias propicias para que la población pudiera salir adelante.

No me tengo por una persona en absoluta frívola, sino más bien sensible, aunque reconozco que, de no haber sentido la necesidad de ir a buscar a Carola, es probable que nunca me hubiera embarcado en una aventura así. Primero por desconocimiento, ya que fue ella quien me proporcionó la información sobre lo que allí estaba sucediendo. Carola amaba su trabajo y yo no supe entenderlo. Fui egoísta al dejarla cuando tomó la decisión de trasladarse allí durante un plazo tres años. Ahora tan solo le restaba uno para volver, afianzarse en la ciudad y quedarse en España para siempre. Al menos eso era lo que sabía de sus intenciones, además de donde se encontraba, dado que yo había mantenido durante ese tiempo una relación de amistad con su hermano.

Me acomodé en ese largo vuelo que me llevaría al pulmón de aquel país, donde estaría la dueña de la sonrisa más bonita de todo el planeta... Una sonrisa que por tonto dejé escapar y con ella se fue mi verdadera felicidad. Tarde me di cuenta y, cuando lo hice, la tristeza se instaló en mi vida, aunque la intentaba ocultar tras mi carácter bromista.

Resoplando, pensaba en que ya me valía y en que siempre me quejaba de que me pasaban cosas, pero es que yo solito me las buscaba a pulso. Anda que en menudo marrón me había metido, sin comerlo y sin beberlo. La azafata me sonrió, como si supiera en lo que yo estaba pensando. Por supuesto que no era así, que yo no lo llevaba escrito en la frente, pero su sonrisa me dio ánimos.

Bien pensado, si a Carola le daba por abrirme la cabeza en su aldea, lo bueno es que había suficiente personal sanitario para volver a cerrármela y entonces ya tendría yo clarinete que debería plegar velas... Aunque eso no estaba en mis planes iniciales, yo iba a ir para adelante, como los de Alicante, a por todas...

De todos modos, esperaba que se apiadara de mí, y que, si no quería volver conmigo, al menos apreciara el gesto de haber ido a buscarla. Pensaba eso y pensaba una y mil cosas, pues el maremágnum de emociones de mi cabeza era cosa fina.

Es curioso como en ciertas circunstancias, los recuerdos afloran a la mente. Dicen los psicólogos que son las barreras mentales que nosotros mismos nos ponemos para no sufrir las que en muchas ocasiones

boicotean nuestros recuerdos. Lo supe durante aquel vuelo en el que expandí mi mente, y como resultado pude ver antiguas imágenes de Carola más nítidas que nunca. Por el amor del cielo, si hasta diría que pude escuchar su voz cálida susurrando en mi oído aquellos disparates que solía soltar.

Doce horas después estaba aterrizando en el aeropuerto internacional de Kigali, donde ya los nervios comenzaron a apoderarse de mí y eso que era un tipo que aparentaba ser de lo más tranquilo; nada que ver, la procesión iba por dentro.

Salí a la calle donde ya me esperaban para trasladarme hasta la comunidad en la que estaba ella, la misma donde yo pasaría el próximo mes... Conmigo viajaba la esperanza de que Carola no hubiera rehecho su vida con alguien del equipo del que formaba parte. La sola idea de que así fuera me aterraba, al igual que su cara cuando me viera apareciendo por allí.

Lo que vieron mis ojos fue indescriptible, otro mundo, pues pese a que se notaba organizado, la pobreza era el denominador común, mirara adonde mirara. A la vista estaba la falta de desarrollo, producto inequívoco de un conflicto étnico que fue el causante de aquella masacre del noventa y cuatro.

El camino estaba plagado de colinas... Ruanda era un país de contrastes y reconozco que me impactaba, principalmente las bellas sonrisas de los niños que nos miraban a nuestro paso con curiosidad... Qué lejos estaban ellos de conocer la tecnología o las docenas de regalos que un niño podía recibir al año en nuestro país, por ejemplo. Aquellos pequeños, a la vista estaba, adolecían hasta de lo más elemental, y, no obstante, la sonrisa no se borraba de sus caras. Un ejemplo de humildad del que yo mismo tenía mucho que aprender.

La que percibí fue una sensación inenarrable, pero me hacía sentir que vivíamos en un planeta lleno de injusticias sociales, de codicia y que mirábamos para otro lado cuando en ciertos países vivían bajo el umbral de pobreza... Un mal reparto de la riqueza que estaba seguro de que algún día nos pasaría factura.

Muchos sentimientos encontrados en ese recorrido hasta llegar a la comunidad en la que estaba la organización y Carola, la razón por la que

estaba allí, dispuesto a vivir cualquier aventura con tal de intentar recuperarla.

De resaltar algo, me quedaba con el paisaje verde montañoso que era espectacular, y por si alguien podía pensar que todavía le faltaba encanto, en este país se encontraba el Parque Nacional de los Volcanes donde habitan los gorilas de las montañas. Un paraíso natural donde se rodó la película “Gorilas en la niebla” y donde unos cuatrocientos maravillosos ejemplares seguían dándonos lecciones de convivencia en un área sin parangón para el rastreo de gorilas.

Me daba la sensación de que, a pesar del dolor del pasado, aquellas personas intentaban mirar al futuro con optimismo. Sus miradas eran sabias, pues de todos es sabido que el rencor pesa como un lastre a la hora de que una comunidad pueda seguir adelante. Y sí, mirar a los ojos de los ruandeses equivalía a detectar que habían sabido dejar atrás las pesadas mochilas de la tragedia y encarar el mañana como lo que eran, unos auténticos supervivientes que, sin duda, iban a enseñarme muchas más cosas que yo a ellos.

Yo algo me había informado en las últimas semanas y todo apuntaba a que los ruandeses eran de la opinión de que la historia no puede asimilarse con rapidez, pero sí con tesón.

Fue un trayecto en el que me hizo comenzar a ver todo de diferente manera y a descubrir que, a pesar de haber llegado buscando a Carola, iba a encontrarme con una realidad que se grabaría en mi corazón para siempre. Obvio que Ruanada no era un lugar para dejar indiferente a nadie, y yo no iba a constituir una excepción.

Capítulo 2



Llegamos a aquella pequeña población, en la que destacaba una escuela no formal que estaba compuesta por unos treinta niños. Ellos junto con sus familias habitaban ahí subsistiendo de lo que cultivaban en pequeños huertos familiares. En cuanto a mi misión, no era otra que ayudar en el desarrollo educativo durante mi estancia, algo que ya sin haber comenzado me estaba llenando.

Yo, otra cosa no tendría, pero en lo tocante a la paciencia no me ganaba nadie y ver sus caritas era todo un aliciente para intentar enseñarles cuanto pudiera. Si bien, como ya he indicado, sabía que probablemente el que saliera de sus vidas con la mayor enseñanza sería yo mismo.

Muchos niños corrieron hacia nuestro todoterreno sonriendo y con la curiosidad propia de ver al nuevo extranjero que acababa de llegar.

Me bajé del coche y los miré a todos devolviéndoles la mejor de mis sonrisas, aquellos chicos de color estaban llenos de humildad, de vida, sus ojos eran el reflejo de sus almas...Unas almas puras con las que ya, de entrada, había conectado.

Me puse la mano en el corazón mientras los miraba y les dije mi nombre, Manolo. Me entendieron, ya que todos lo repitieron de forma sincronizada.

—Sharik —dijo una vocecita pequeña, de un chico de no más de cuatro años que me agarró la mano y me miraba buscando mi complicidad.

—Hola, Sharik —me agaché, lo miré fijamente y le di un abrazo que él me respondió abrazándome con fuerza.

Y ese fue el comienzo de un rato en el que uno tras otro fue desfilando para abrazarme también, aquella era una bienvenida de lo más calurosa ¿la misma que me daría Carola? Eso estaba por ver y, al respecto, yo tenía más miedo que siete viejas.

Un chico con un polito de la ONG se me acercó y se presentó, se llamaba Terry y me estaba esperando para llevarme hasta el alojamiento y explicarme un poco de todo aquello. Era muy amable, algo que no me

cogió de sorpresa, pues solo con poner los pies allí fui consciente de que había que estar hecho de una pasta especial para permanecer en ese lugar, en el que las condiciones de vida no eran precisamente fáciles.

Yo miraba para todos lados con la intención de ver a Carola, pero ni rastro de ella. Había una especie de hospital móvil bajo una gigantesca tienda de campaña, quizás estuviera ahí dentro, esperaba encontrarme con ella pronto, los nervios hacían que me flaquearan las piernas, ¡y hasta los pies!

Al lado de la escuela levantada por la organización había un edificio con habitaciones separadas, en el que Terry me dio alojamiento en una de ellas.

Desde la ventana se podía ver ese atardecer impresionante que ya se iba reflejando sobre aquella colina en la que estábamos; los niños jugueteando, era todo extraño y fascinante, la vista te movía el corazón y el alma. No podía evitar seguir mirando aquel mundo que ahora estaba conociendo y de primera mano. Su visión me hacía sentir que los seres humanos allá donde yo vivía no teníamos ni idea de lo afortunados que éramos, dado que lo teníamos todo y nos quejábamos por nada...

Terry se había marchado indicándome que enseguida nos veíamos en el comedor que había, fabricado en hormigón.

Él era originario de Londres, un chico que trabajaba para la ONG desde hacía tiempo, pero que solía irse dos meses a revisar una vez al año cada una de las bases que tenían en diferentes lugares del mundo. Se notaba que tenía un gran corazón y era feliz en ese entorno, su sonrisa lo decía todo.

Coloqué todas mis cosas, fui a la ducha que había fuera de allí para los voluntarios, además del personal sanitario. Después de refrescarme, dejé las cosas en la habitación y me fui hacia el comedor.

Sobra decir que allí no había agua corriente y que las duchas eran bastante rudimentarias, con sus acumuladores de agua y demás. Pese a ello, me sentí fantásticamente bien duchándome, el calor apremiaba y la humedad había perlado mi cuerpo de una fina capa de sudor a la que ahora podría decir adiós, aunque no sabría por cuanto tiempo.

En el comedor había varios voluntarios, pero seguía sin ver ni rastro de Carola. Un tanto nervioso, le pregunté por ella a Terry al sentarme junto a él, sin dudarle. Me miró extraño y le conté por encima que era una amiga y que no sabía que yo estaba allí, que le iba a dar la sorpresa.

La sorpresa de su vida era la que le iba a dar y lo que yo le pedía al cielo es que no me la diera también ella a mí; bien porque ya hubiera vuelto a ocupar su corazón, o bien porque no quisiera verme ni en pintura.

Me comentó que regresaría a la mañana siguiente, ya que estaba con otro médico en una cercana comunidad, atendiendo a unas vacunaciones y haciendo unos seguimientos, pero que no le diría nada hasta que yo la viera.

Tras la cena, volví al exterior... Había varios niños sonriendo, revoloteando a mi alrededor, pronto volvió a aparecer aquel pequeño que me había llamado mucho la atención por su forma de decirme el nombre... Sharik.

Me senté sobre una roca que había a un lado y ellos se sentaron a mi alrededor en forma de semicírculo; reían, estaban nerviosos, ver a alguien nuevo allí les llamaba mucho la atención.

Al día siguiente les entregaría un montón de regalos que les había traído, tanto de material para las clases como para juegos. Mientras ese momento llegara, tenía que improvisar algo. Daba igual el idioma, ellos me entenderían de todas formas, algunas palabras que otras sabían en inglés... ahora me tocaba a mí enseñarles un poco de castellano, pero eso tendría que esperar a que volviera a amanecer.

Me acordé de mi sobrino y claro, ¿qué se me vino a la cabeza? Pues nada más y nada menos que la canción de “Soy una taza...”, esa que iba a intentar que me siguieran con paciencia; pero de que se la iban a aprender, lo iban a hacer.

Les hice un gesto de que me escucharan y encendí el móvil que tenía las canciones descargadas.

—“*Soy una taza, una tetera, una cuchara, un cucharón*” —hasta le hice el baile de ese comienzo y todos rieron.

Madre mía que allí iba a perder yo toda la vergüenza, los niños me gustaban y aquellos... Aquellos me estaban llegando al alma e iban a hacer que lo diera todo en esa lejana aldea. Menos mal que nadie me conocía; bueno me conocería Carola, que una cosa era comprobar si me quería de nuevo en su vida y otra que se hubiera olvidado hasta de mi cara...

Les hice un gesto de que ahora todos juntos, así que se fueron animando con ese comienzo y los demás niños terminaron viniendo,

impresionante... De no verlo no creerlo, en nada ya los tenía a todos bailando y cantando como si se la supieran de toda la vida. Podría apostar a que fue el momento más mágico que había vivido en toda mi vida; hasta los padres y madres se acercaron para ver y Terry a lo lejos me sacó su dedo pulgar en señal de que era increíble.

Sharik me miraba embobado, no dejaba de reír y bailar, pero parecía como si tuviera una conexión especial conmigo; su mirada se había quedado clavada en mí con un brillo que traspasaba todos mis sentimientos. Le acaricié la cabeza jugueteando y seguimos cantándola.

Me despedí de ellos con la promesa de que al día siguiente tendrían su primera clase conmigo en el aula que había construido el voluntariado y que gracias a las donaciones tenían adaptada a modo de escuela. Aunque no me entendieran demasiado bien, la complicidad de nuestras miradas hablaba por así sola y todos me despidieron con sus manitas, al compás.

Me alegraba la idea de haber tenido con ellos aquella primera toma de contacto tan alegre y receptiva por su parte. Ahora ya sabía que los pequeños me iban a recibir con los brazos abiertos a la mañana siguiente. Solo me faltaba hacer alarde de ingenio para hacerme entender, pero bien había comprobado ya que ellos estaban más que receptivos. Y yo tenía unas ganas alucinantes de hacérselo pasar bien mientras aprendían.

Parecían bastante disciplinados, nada que ver con la imagen que pudiera tenerse de unos niños que pasaran la vida en la calle... Pero es que claro, allí, calle, calle, no es que hubiera, si hablábamos con propiedad.

Además, hasta donde yo tenía conocimiento, aquellos niños ayudaban desde su más tierna infancia a sus padres a mantener la economía familiar. Subsistir allí no era fácil y en ocasiones incluso los mayores debían llevar a los bebés a la escuela para liberar a sus padres de la carga de los hijos, para que estos pudieran poner un plato de comida en la mesa.

De camino hacia mi dormitorio, llevaba la mirada clavada en los suelos de la aldea, que eran de tierra. Sobre ellos, quedaban impresas las huellas de los piecitos de los niños, calzados con unas chanclitas muy básicas con las que les había visto correr, locos de contentos.

Poco conocían ellos las cámaras de aire de las superdeportivas de lujo que los niños calzaban en otros países, ni las luces que adornaban algunos modelos de esos calzados. Pero lo mejor del caso es que no les hacían falta para correr como los que más y para mostrarme extremadamente felices

con lo poco que tenían... La lección de vida que yo me iba a llevar de aquel lugar iba a ser de campeonato.

Las casitas eran realmente como de cuento; aunque pobres de solemnidad se alzaban orgullosas, de la misma manera que lo hacían sus gentes. Por fuera eran poco más que un manto de paja que servía de cobijo a las familias... Allí no había televisiones, ellos no sabían lo que era Netflix ni nada parecido, pero lo mejor es que parecía importarles bien poco.

Conociendo a Carola debía ser muy feliz en ese lugar rodeada de tanta humildad y corazones de esos que necesitan solo lo básico para ser felices... Si cerraba los ojos, veía de nuevo su sonrisa en mi mente, y situaba su bonito cuerpo en todos los rincones de aquella aldea.

Al día siguiente esperaba verla, me daba miedo, mucho miedo, pero deseaba que todo saliera bien... Solo de pensar en la posibilidad de tenerla delante, el temblor venía a mí. Como siguiera así, iba a pensar que había acudido a ella víctima del Parkinson. Bromas aparte, soñaba con el momento del reencuentro y mucho me temía que, pese a que el viaje me había dejado molido como una caballa, me iba a costar conciliar el sueño.

Entré en mis aposentos y pronto fui consciente de que dormir no solo me iba a ser complicado, sino que iba a convertirse en una especie de misión imposible por lo que, después de dar vueltas y más vueltas, opté por volver a salir.

A esas horas ya todos estaban recogándose y la aldea era un auténtico remanso de paz, con la algarabía de los pequeños ya acallada. Que Carola no estuviera allí el día de mi llegada no era algo con lo que yo hubiera contado de antemano, pues ya se sabe que uno se hace su propia idea de las cosas y luego es la realidad la que impera.

Volví a pensar en el tema de la cara con la que me recibiría, pues la expectación a esos efectos crecía por momentos. Finalmente entré y pensé en que tendría que contar ovejas, gorilas o lo que quisiera que allí fuera efectivo, pero debía intentar dormir para no recibir a Carola con más ojeras que un mapache.

Capítulo 3



Amanecí con los primeros rayos del sol y me asomé por la ventana, aquello era un espectáculo para la vista; los niños ya jugueteaban esperando a su primera clase, así que bajé a desayunar y comprobé que Carola aún no había llegado. Le comenté a Terry que no revelara nada pero que sí aparecía la mandara donde yo iba a estar, sabía que en cualquier momento lo haría, por lo que me dispuse a dar la clase mientras los chicos me seguían felices y se acomodaban en sus asientos.

La complicidad que había nacido entre nosotros el día anterior no hizo más que crecer desde el mismo momento en que entré en aquella improvisada clase en la que se mezclaban niños de todas las edades, como no podía ser de otra manera.

El respeto que sentían por los mayores se hizo notar enseguida pues, a pesar de que se veía que sentían gran simpatía por mí, todos y cada uno de ellos guardaban silencio mientras permanecían sentados, esperando mis indicaciones.

Repartí cuadernos nuevos, lápices de colores y más material que todos recibían dándome las gracias en su idioma “*Murakoze*”. El brillo de sus ojos hablaba solo; con muy poco, aquellos pequeños se mostraban enormemente agradecidos. Ni que decir tiene que el mayor de los regalos me lo daban ellos a mí... Y es que las sonrisas que me estaban dedicando, mientras con sus manitas sostenían el material y sus piernecitas se balanceaban en la silla por la felicidad, no tenía precio.

Pronto aproveché para decirles que en mi idioma se decía “gracias” y claro, como una esponja lo absorbieron, pues fue el término que comenzaron a emplear, mirándose risueños unos a otros.

Me coloqué delante de la pizarra... Joder, vi cumplido en ese instante mi sueño, el de ser profesor por algunos días, y si encima añadimos el atractivo de unos niños con ansias de aprender, eso ya era la leche.

No pude evitar sentir un escalofrío al pensar en si Carola estaría orgullosa de mí en el momento que me viera actuar así. De lo que no me

cabía ninguna duda era de que yo sí que estaba tremendamente orgulloso de ella; llevaba mucho tiempo estándolo, y más ahora, que podía ver a las claras la labor tan encomiable que estaba desarrollando en ese lugar.

Había una pequeña de lo más graciosa llamada Siara, no debía de tener más de cuatro años y me miraba como tanteándome, pero algo me decía que era de lo más cómica. Aunque todos aquellos niños denotaban una chispa especial, ella tenía algo que hacía que destacara por encima del resto. Alma de líder, quizás fuera eso.

Comencé con lo básico y a modo de juego, enseñando un saludo tal como “hola” mientras hacía que me apretaran la mano uno por uno y lo pronunciaran. Felices cuando les tocaba levantarse en su turno, lo hacían y volvían riendo... Enseguida volvían a tomar asiento y no se movían de allí, todo un ejemplo de niños.

Aunque para feliz ya estaba yo... El contacto con aquellos pequeños estaba sacando mi lado más sensible y agradecido... La vida me la estaban comenzando a cambiar, al menos la visión que yo había tenido de ella hasta ese momento.

Uno comenzó a gritar “la taza”, por la canción que les enseñé la noche anterior, así que los hice levantar delante de su pupitre y volvimos a cantarla haciendo todos el baile. Bueno, bueno, al final iba a resultar que montaríamos una coreografía digna de un programa de esos que van a la caza de jóvenes talentos.

Miré hacia la puerta y el corazón me dio un vuelvo enorme, hasta la cara debió desencajarse... No era para menos, Carola había aparecido y me estaba mirando mientras bailaba con los chicos. Su cara mezclaba asombro y risas, se puso las manos en la boca mientras todos se giraban bailando y cantando para verla. Por mi parte, seguí improvisando el bailecito en su honor desde la pizarra, riendo y haciéndole en guiño.

Dos años sin verla y ahora nos estábamos mirando como si tal cosa. No detecté rechazo ni rencor en su mirada y eso me reconfortó enormemente. Yo no podía hacer más... ya el paso estaba dado. Restaba ver si ella se acercaba o si, por el contrario, me dejaba allí pensando que a buenas horas mangas verdes. Recé para mí y lo que quiera que haya allá arriba escuchó mis plegarias...

Por fin se decidió y vino hacia mí bailando, me encantaba, esa era Carola, con un corazón noble y feliz. Cuando llegó a mi altura nos

abrazamos con tremenda emoción y todos los niños comenzaron a reír nerviosos y a aplaudir.

—¿Qué haces aquí, loco? —me preguntó.

Loco me acababa de dejar ella a mí, pues se me habló con la misma naturalidad que solía hacerlo años atrás cuando llegaba a recogerla al trabajo, después de unas horas sin vernos.

—Pues ayudar un poco, ¿no lo ves? Me quedaron dudas sobre qué se sentiría estando en un lugar así.—. No sé si le contestaron mis labios o lo hizo directamente mi corazón, lo único que sé es que la emoción la tenía a flor de piel.

—Y te han llenado el corazón, como si lo viera...

—Sí —apreté los dientes riendo.

—Me tienes que contar muchas cosas —acariciaba mi mano con cariño y felicidad por verme, como si tal cosa, como si el tiempo se hubiese detenido y no hubiéramos estado separados. Su actitud me tranquilizó, qué duda cabe.

Le hice un gesto a los chicos para que sacaran el cuaderno de colorear y completaran la primera página. Lo entendieron perfectamente y, afanados, se pusieron a la labor. Mientras, yo me fui con ella hacia la ventana.

—Me alegro de que no te haya enfadado mi presencia. No sabes el miedo que me daba tu reacción, en el fondo sé que no tenía derecho a entrometerme en tus asuntos, pero tenía el deseo de venir a esta tierra, desde hace mucho tiempo.

—Para nada, Manolo, ya sabes que te tengo mucho cariño.

—¿Solo eso? —puse cara de puchero.

—Bueno, no empieces que te conozco ¿Qué más quieres? Mira que ahora tengo menos paciencia y más carácter —sonreía.

—Pensé que ibas a decir que me echabas de menos, que era el hombre de tu vida —bromeé a medias.

—Eres un perfecto gandul, anda, ¿te quedas un mes? Ha sido toda una sorpresa... hasta ahí puedo decirte.

—Si no me echas antes —le hice un guiño.

—No, por favor, aquí necesitamos mucha ayuda... Todas las manos son bienvenidas y, si son de una persona querida, todavía mucho más. Aquí hay trabajo para aburrir, lo que no es óbice para que pueda enseñarte unos lugares que tienes que conocer poco a poco, pero sí o sí.

—Acepto, acepto —reí nervioso.

—Te juro que no me creo que estés aquí, me tienes que contar qué te trajo hasta Ruanda, hasta este rincón del mundo, pero eso en otro momento, tengo que ir a hacer algo, ¿nos vemos en la comida?

—Todos los días —recalqué haciendo un gesto de que no se libraría de mí.

Seguí con la clase, pero con un temor menos... Ya había pasado el gran momento, ya tenía claro que Carola no se había sentido mal por mi presencia y que mucho menos había pasado de mí ¿no era estupendo?

Fui un estúpido y hubiera sido lícito que ella reaccionara como le viniera en gana, pero me había demostrado una vez más que era una mujer fuera de serie y eso me alentaba.

Sharik, el pequeño que no se separaba de mí y me seguía todo el tiempo con la mirada, levantó la mano para que me acercara a ver su dibujo. Vamos, había tapado todo el contorno, había hecho un churro con la hoja, pero me la enseñaba feliz como si fuera una obra de arte. Yo le dije que sí, que precioso, con aquel gesto que le sacó una sonrisa a ese niño de los ojos tristes.

Todo fuera por hacer sentir mejor a unos pequeños a los que la fortuna les había pasado de lejos, y a los que todos deseábamos hacer algo más dichosos en la medida de nuestras posibilidades.

Mientras lo alababa, mi mente estaba ya en Carola, era preciosa, no había cambiado en nada... Eso sí, había hasta mejorado, al mostrar una belleza más serena y calmada, cosa que yo creía imposible pues era sencillamente divina.

Cuando terminamos salimos todos del aula y pronto los niños comenzaron a jugar con unos globos que yo les había llevado. Los llenaban de agua de un cubo sobrante, así se las ingeniaron y empezaron a jugar con ellos. Mi felicidad crecía al observarlos mientras ponía en sus diminutas manitas también unos balones de fútbol que había llevado, pues...

—¡Joder! —un globo de agua impactó sobre mí y al volverme vi a Siara con las manos en la boca, ella sola se había delatado, eso sí, aguantaba la risa. Ya sabía yo que ese personajillo era un tanto peculiar.

Le eché una mirada de enfado, pero a modo de broma, cosa que la hizo reír más.

Terry apareció mirándome todo empapado.

—Ojo, son de lo más buenos, pero se la gastan como nadie, sobre todo los pequeñines.

Me recordó a la canción de *“pequeñines no gracias, debes dejarlos crecer”*, que ponía música a un anuncio que recordaba la importancia de no consumir pescado pequeño.

Los niños estaban como locos, luego se fueron corriendo hacia una voluntaria de Holanda que se llamaba Helen y que tenía santa paciencia con ellos; se le subían encima y la bloqueaban por completo, pero ella se tiraba al suelo y jugueteaba como si fuera una cría más. Lo dicho, la gente que estaba allí no había llegado por casualidad.

A grandes pinceladas, así se desarrollaba la vida en aquel lugar en el que las personas eran felices con lo mínimo... Para ellos no existían ni Internet, ni televisión, ni nada de todo aquello con lo que estamos acostumbrados a convivir en la otra parte del mundo; allí vivían con lo que había y eso... Eso me chocaba mucho.

Capítulo 4



Directo al comedor donde ya estaba Carola esperándome y mirándome con esa sonrisa que derretía cada músculo de mi cuerpo.

—¿Te has tirado agua por encima? —rio viendo el percal.

—Fue Siara —volteé los ojos.

—Bueno, detrás de esa cara de niña buena está el mismísimo adorable demonio, siempre anda cavilando para hacer una de las suyas.

—Ya vi, me lo tomaré con resignación —me encogí de hombros mientras una voluntaria me servía mi plato de comida. Olía bien, un almuerzo sencillo, pero que sabía que me caería a la perfección, aunque los nervios por ver a Carola me tenían el estómago cerrado.

—La adorarás...

—¿Seguro? —la busqué un poco.

—Segurísimo —me hizo un guiño.

La miraba y no podía creer que la tuviera ante mí, tan guapa, tan ella... Con todo lo que la había extrañado durante estos dos años y ahora estaba ahí, como si el tiempo no hubiera pasado, como si me hubiera esperado todos y cada uno de esos meses, ¿o no?

Tampoco quería crearme falsas ilusiones, mis intenciones no iban más allá de averiguar si en su corazón aún reservaba un poco de hueco para mí; pero claro, ella era tan noble, tan buena persona que no debía yo querer llegar y besar el santo, sino armarme de paciencia, currármelo e ir descubriéndolo poco a poco.

Carola fue poniéndome al día de muchos aspectos de la vida cotidiana del lugar durante la comida, de la del país ya conseguí documentarme bien antes de volar, además de haber visto muchos documentales... Pero eso no dejan de ser datos y cifras, lo interesante fue conocer el día a día de esa comunidad y ella me lo explicó rápidamente a pesar de que yo ya había descubierto muchas cosas en poco tiempo por mí mismo.

A ella se le notaba que había conectado mucho con Ruanda y sus gentes, que estaba muy sensible con todo lo que habían pasado y las

huellas que hoy en día aún se podían sentir. Se trataba de algo que, a pesar de estar callado, llevaban todos en el corazón, quedando marcados por aquel terrible acontecimiento.

Salimos del comedor y me invitó a conocer la tienda gigante que hacía las veces de hospital, demasiado bien la tenían para los pocos recursos que había en aquel lugar en el que faltaba de todo. Nuevamente me dejé llevar por la impresión, pero a la vez me hacía sentir que la vida no era justa con aquellas personas, que los demás nos quejábamos a pesar de tenerlo todo, que no sabíamos valorar nada...

A continuación, nos dirigimos a la parte de los huertos, en la que me enseñó cómo todas las familias de esa aldea se buscaban el sustento diario y después me dijo que pasara a algunas de sus cabañas, para que saludara a sus habitantes.

De aquella sencilla manera me iba familiarizando con las gentes, llamándome la atención su amabilidad y hospitalidad. Aquellas personas no tenían un pan suyo, y eso era de alabar al máximo, porque es muy fácil repartir cuando sobra, pero es bastante más complicado hacerlo cuando se tiene lo justo y menos.

De repente iba andando y noté que me lanzaron algo a la espalda, me giré y ahí estaba Siara con las manos en la boca, otro globo que fue a parar en mi cuerpo, ¿qué hacía yo con aquella pequeña granujilla?

Carola se echó a reír y yo corrí a pillar a la pequeña, comencé a hacerle cosquillas hasta que no pudo más, esperaba que así comprendiera que le pasaría cada vez que me atacara. Yo también tenía que buscarme mis mañas, ¿qué se había creído?

—Vas a ver que es la revolucionaria oficial de la aldea... —decía riendo.

—¿No me digas? No me había dado cuenta, pero una cosa te digo, yo la pondré firme, cuestión de días —arqueé la ceja con la pequeña entre mis brazos pidiendo supuestamente clemencia o algo parecido en su idioma.

—Bueno, eso no lo consiguió nadie, toda tuya. Ya comprobaremos tus dotes de persuasión.

—No, no, mejor de todos, no me fio yo mucho de que se me enganche al cuello y esta mini renacuaja me las haga pasar duras.

—Le dio por ti como le dio por otro compañero que ya se fue y no lo dejó en paz hasta el último día —se encogió de brazos.

—Vaya con mi suerte —bajé a Siara advirtiendo con el dedo que no lo hiciera más o tendría lo mismo, pero por su cara como que le había dado igual. Menuda tenía que ser aquella señorita zalamera y traviesa...

Pasé la tarde de visita en visita con Carola, mientras me relataba muchas cuestiones de allí que me sorprendían y a la vez me encogían el alma. Ya veía que de Ruanda iba a salir con una visión nueva respecto al país y con el corazón en un puño. No en vano, su realidad era demasiado dura, como si de una película se tratara, pero nada que ver, allí no había ficción que valiera... aquella era la realidad de un pueblo marcado por todo lo acontecido y eso... Eso se notaba en sus miradas, en sus vidas y en cada uno de los pasos que daban.

Por la noche, tras disfrutar del placer de cenar con ella, nos sentamos con los niños. Se trataba del mejor momento del día, el más fresquito, así que cómo no, de nuevo venían pidiendo la canción de “soy una taza”. Por supuesto que Carola enseguida encontró la disposición y comenzó a cantarla conmigo, además de con todos esos peques que disfrutaban tela con aquella improvisada actuación. Ya era hora de comenzar a pensar en otra para enseñarles, de lo contrario me veía todo el mes con la taza, la cuchara y el tenedor en mano; y no precisamente para comer.

Se notaba a la legua que Carola sabía cómo manejarlos, aunque la verdad que a excepción de Siara (que me la tenía jurada), todos eran un encanto... Pobre, ella también, pero la tenía más vigilada que a un cangrejo en un cubo ya que sabía que en cualquier momento cogería y me la volvería a liar. Era una pequeña revolucionaria que no paraba...

No daban ganas de acostarse, esa era la realidad. Y era sí, por el fresquito, por los niños y, en mi caso, por Carola, cuya compañía era para mí oro molido. Después de tanto tiempo sin verla, no se me ocurría otro lugar mejor para haberme reencontrado con ella; un escenario solidario donde los hubiera a cada uno de cuyos actores me iba a llevar en el corazón el día que tuviera que emprender la vuelta a España.

Estuvimos hasta tarde entre juegos y bromas con los peques hasta que los mandamos a sus chozas para dormir; al día siguiente tocaba rutina, las clases les esperaban y la vida volvería a abrirse camino en aquel increíble lugar.

Acompañé a Carola hasta su dormitorio, la miré con esos ojos de esperar un beso o algo por el estilo; lo entendió, me besó la mejilla

corriendo y cerró la puerta en mis narices ¿no era bonito el amor?

Capítulo 5



La dichosa canción de la taza retumbaba en mi cabeza ¿o no?

Me asomé por la ventana y allí estaban todos esperándome para la clase mientras hacían el baile y yo aún sin desayunar, ¿cómo tenían tanta energía esos niños? Yo había mirado el día anterior si tenían pilas, pero no era el caso.

Bajé y todos se me quedaron mirando, sabían que primero iría a desayunar, ya que ellos lo habían hecho y ahora llegaba mi turno. Respetuosos como eran, no insistieron para que me diera prisa ni nada parecido.

—La mato —me dije a mí mismo cuando noté otro globo sobre mi espalda.

Pero ¿qué le había hecho yo a esa niña para que actuara de esa manera conmigo? Ya me había puesto fresquito otra vez. Mientras estuviera de su mano, yo no iba a pasar calor, lo tenía claro.

Corrí tras ella y le hice cosquillas un buen rato mientras todo reían y me animaban a no parar. Siara se reía a carcajadas, la lección no la había aprendido y por lo que veía seguiría actuando igual. Al menos, logré sacar sus risas, que ya era bastante.

Me di cuenta de que Carola me miraba desde la entrada del comedor, me fui hacia ella negando.

—Esa niña me va a hacer la vida imposible aquí. ¿No puedes ponerme un guardaespaldas o algo?

—Tómatelo con humor —se encogió de hombros mientras entrábamos, oliendo ya el desayuno.

—¿No es lo que hago?

—Te noto un poco enfadado...

—No, pero me siento un huevo pasado por agua.

—Bueno, anda, desayuna que seguro que al final te acostumbras a ella.

—Otra no me queda —puse cara de resignación.

—Esta tarde había pensado en ir a bañarnos al lago. Eso te mejorará el humor —bromeó.

—Si, por favor, algo de agua para mi cuerpo, que todavía no he tenido suficiente.

—Estás muy quejica para haber venido hasta aquí de vacaciones solidarias —resopló riendo.

—No es cuestión de ser quejica, es que esa niña me la tiene sentenciada y un bañito en el lago no me vendrá mal —volteé los ojos.

—Si quieres nos llevamos a Siara...

—Claro y la dejamos allí una temporada.

—Sabe volver sola, está a dos pasos y los niños suelen ir a bañarse allí —reía.

—Verás mi suerte...

—Bueno, relájate que Siara te va a llevar a su huerto y te hará babear.

—Necesito tres cafés —me bebí el primero de un trago.

—Necesitas un buen baño en el lago. ¡Mira que venir hasta aquí para quejarte! —soltó una carcajada.

—No son quejas, yo vine feliz con la idea de poner mi granito de arena —mentí a medias, aunque ahora este lugar me estaba llenando, enseñando, despertando...

—Bueno, pues no te quejes, todos los niños son un amor y la granujilla esa también. Y es lo que hay. En cierta medida, son mis niños.

—Está bien, aceptaré que me irán cayendo globos de aguas constantemente ¡Quién me mandó a traerlos! Y no, no fueron veinte ni treinta, un paquete de cientos... —me puse la mano en la cara. Me quedaban tela marinera de globazos por recibir.

En el fondo estaba exagerando, todo era para llamar la atención de Carola, para que me arrojara. Estaba loco porque me diera un abrazo de esos que me devolvían la vida, pero algo me decía que sí, que le hacía ilusión que estuviera ahí, pero que no me iba a perdonar eso que le hice dejándola cuando tan bien estaba conmigo...

Terminé de desayunar y ya los niños estaban en el aula, en la primera fila Sharik y Siara...

Sharik era todo amor, a la nena era a la que temía ahí delante, capaz de tirarme con un lápiz y saltarme un ojo.

Y claro, ella no se iba a quedar quietecita, se levantó mientras yo me ponía en la pizarra y comenzó con la taza...

Sobra decir que todos la comenzaron a cantar y es que esa canción iba a ser allí la del verano, ¡qué barbaridad! Iba a tener que pensar en otra urgentemente, pero es que yo para esas cosas era de lo más malo. Bastante que se me había ocurrido aquella.

Tras el baile les enseñé un poco de español e inglés, menos mal que yo en idiomas siempre fui muy bueno y estuve en las mejores academias, así que se me dio esa mañana de lo mejor y fueron adquiriendo el conocimiento de muchas nuevas palabras. Aunque, siendo honesto, he de decir que ya tenían algún conocimiento por los anteriores voluntarios que habían ido pasando y esos niños eran como esponjas, lo absorbían todo.

La mañana fue divertida, sin lesiones por parte de Siara, que me miraba y hasta me sacaba la lengua, pero yo le ponía cara bromista de riña y ella pasaba de mí. Pese a todo, era obediente, las cosas como son, esos niños estaban locos por aprender, ávidos de conocimiento, aunque como pequeños que eran les gustaba conjugar aprendizaje y juego.

A la hora de la salida me fui a comer con Carola al comedor, pero claro, mientras hablaba con Terry en la puerta volvió a caerme un globo en la espalda. Ya estaba fresquito otra vez. Resoplé mirándolo y me hizo un gesto como que sí, la misma de siempre a mi espalda con las manos en la boca.

Me giré, corrí hacia ella que intentaba escapar, me la llevé en volandas a un bidón de agua que había y la metí dentro... Su madre me miraba riendo a carcajadas desde la puerta de su choza dándome su aprobación; ni que yo la necesitara, igual iba a caer...

Observé mientras sacaba a la niña del bidón y estaba Carola llorando de la risa mirándonos, volteé los ojos y la niña salió corriendo hacia su madre.

Almorcé con Carola y Terry, luego nos fuimos andando los dos hacia el lago, ya me había cambiado y puesto un bañador para refrescarme en ese lugar que al llegar me di cuenta de que era un festival para los sentidos, naturaleza bella en estado puro.

—¡Olo! —escuché una voz detrás de mí muy conocida, Olo... Manolo aún no les salía.

Me giré y ahí estaban Sharik y Siara...

Eran como el Dúo dinámico, a todos lados iban juntos, pero eso sí, Sharik era todo un amor que solo sonreía a través de esos ojos tristes.

Carola me miró riendo, ya me había advertido de que nos iban a seguir y como que no se equivocó.

Situada como está en el corazón de África ecuatorial, la geografía de Ruanda es famosa, entre otros aspectos, por sus lagos. Esos lagos, junto con la abundancia de su fauna, lo montañoso de sus terrenos y la hermosura de sus paisajes son algunos de los responsables de que Ruanda enamore a primera vista, simple y llanamente.

Un destino de ensueño para una tarde que estaba llamada a ser épica, primero por la compañía de Carola y segundo porque, la presencia allí de Siara, amenazaba con que no sería demasiado pacífica.

Allí con ellos, y mirando a mi alrededor, comprendí que aquel país, llamado también “Tierra de las mil colinas” o “Las nieblas de África” era un lugar realmente especial, un destino único, y esa característica coincidía con la naturaleza de la persona a la que yo había ido a buscar, que también era única.

Yo, que nunca hubiera imaginado a Ruanda como un destino para mis vacaciones, me estaba enamorando de esa tierra por momentos.

—¿Qué miras? —me preguntó Carola mientras nos sentamos a la orilla del lago y ya veía yo cómo Siara le daba una ahogadilla al pobre Sharik, que tenía el cielo ganado.

—Que esto es realmente increíble, ahora entiendo por qué elegiste este destino y no otro —suspiré.

—Oye, que a ver si te crees que yo vine hasta aquí de vacaciones —rio.

—No, no... Ya sé las razones por las que elegiste este lugar, nunca hubiera podido imaginar la falta que hacían personas como tú en un sitio así...

—Huy, huy, muy comprensivo te veo yo a ti, Manolo. Bueno, y ahora que ya sabes por qué vine yo, solo nos queda por descubrir otra cosa...

—¿Y qué cosita es? Venga lista, que te veo venir, dispara, vamos a jugar al “veo, veo...”

—Pues es una cosita que comienza por... ¿qué te ha traído a ti hasta aquí?

—¿A mí? Pues ya te lo dije, tu actitud me hizo pensar y creí que merecía la pena saber qué siente uno cuando pone los pies en este lugar.

—¿Solo eso? Mira Manolo, que te compre quien no te conozca...

—¿Qué estás insinuando? A ver si te piensas que he venido por verte a ti o algo, feilla, aunque otra cosa es que ya que estoy aquí...

—Ya que estás aquí, ¿qué?

—Pues que me dejaría mimar —me eché a reír.

—¿Mimar? Tendrás cara... vienes del paraíso pidiéndome mimos a mí, ¡te parecerá bonito!

—Hombre, quien dice, mimitos, dice ya un beso, de paso.

—Mira, eso sí que te lo has merecido, que haces reír mucho a los niños y encima tienes que aguantar las trastadas de Siara...

—¡Desde luego! Nada más que por eso creo que merezco no un beso, sino dos...

—Pues también tienes razón, que si no te ibas a quedar cojo...

Me extrañaba que Carola me fuera a dar un beso... y mucho menos dos. Claro está que los que me dio fueron como los de la noche anterior, dos besitos en las mejillas, suerte que esta vez no había puerta para darme con ella en las narices.

Carola se levantó y se quitó la camisola que llevaba, quedándose en bikini. Por Dios bendito que tuve que disimular la cara de bobo que se me quedó cuando volví a ver aquel escultural cuerpo del que había enamorado hacía años.

—¿Qué miras? —me tiró con la camisola.

—¿Yo? Nada, nada —negué con la cabeza y dirigí la mirada hacia el lugar donde escuché aquella sonora risa.

Siara me miraba a carcajadas y me apuntaba con el dedo, mientras de su boca salían unas palabras totalmente ininteligibles para mí.

—Pero ¿qué le pasa ahora a esta niña conmigo? ¿Tengo yo monos en la cara?

—Dice que yo te gusto, por eso se ríe.

—¿Qué tú me gustas? Yo a esta la cojo y la ... —salí corriendo con mis zapatillas deportivas y puedo jurar que no podía imaginar que una piedra llegara a resbalar tanto...

Lo último que escuché, antes de caer en plancha en el lago, fueron las sonoras risas de los dos peques y de Carola que chillaba un ¡Manolooooooooooooooooooooo que te matas...!

—Creo que sí, que me he matado —dije cuando pude recobrar algo de mi dignidad y volver en mí, poniéndome de pie.

—¿Estás bien? —me preguntó Carola, que acababa de llegar a mi altura, y puso sus manos en mi vientre, colorado como un tomate como estaba.

—Ahora estoy mejor, ¿puedes dejarlas así? Creo que necesito cuidados médicos, me parece que he sufrido una conmoción o algo así.

—¿Una conmoción? Conmocionada se quedó tu madre el día que tú naciste del bichillo que echó al mundo, anda sal, que vaya barrigazo que has pegado.

Me senté al lado de Carola y lo cierto es que no tenía ni un rasguño. En todo caso, el único herido era mi orgullo, menos mal que con ella tenía toda la confianza del mundo y nos lo tomamos a guasa total.

Siara seguía riendo, todavía más ancha que antes, sabedora de que había sido la causante de que yo diera el pellejazo del siglo en el lago. Ahora, no contenta con eso, le hacía señas a Carola como de que no me diera un beso y ella se partía.

Carola, eso sí, me trataba con todo el cariño del mundo. Por mi parte, escudriñaba su mirada una y otra vez con la ilusión de detectar en ella cualquier signo que me diera a entender que veía en mí a alguien más que a un amigo al que le guardaba mucho cariño.

—Yo creo que esta noche igual me puede pasar algo, por la caída, lo mismo debería permanecer en el hospital, no sé, ¿conoces a algún médico que pueda cuidarme?

—De eso nada, a mí no me dejas tú de guardia —rio ella.

—Pues entonces, lo mismo deberías permitir que me quedara contigo en tu dormitorio, solo en plan prevención, tú ya me entiendes.

—¿En plan prevención? Quita, demonio —reía ella a carcajadas mientras la enana aquella me hacía burlas desde el agua.

—Entonces, de confesarme que soy el hombre de tu vida y de que podríamos casarnos aquí por algún rito zulú o algo, nanai de la china, ¿no?

—¿Tú qué crees? —volvió ella a explotar en carcajadas.

Me tumbé de espaldas y Carola hizo lo mismo. Que su cuerpo me hiciera sombra era algo que agradecía, además de que no podía imaginar mejor compañía.

Desde allí la vista era hermosa hasta la saciedad, y no solo lo digo por la que consideraba la mujer de mi vida, sino por cuanto nos rodeaba. Aunque yo ya sabía que sus paisajes eran calificados de maravillosos, en tan sublime escenario, todavía le di más valor a que aquellas gentes pudieran convivir en aparente paz, habiendo metido bajo la alfombra a un genocidio que cambió para siempre sus vidas.

—Me parece sorprendente que hutus y tutsis convivan con normalidad después de lo ocurrido, ¿no crees? —de repente verbalicé aquellos pensamientos más profundos.

—Estas pobres gentes han tenido que dar carpetazo a aquella cuestión si querían seguir viviendo, piensa que cualquier vecino o compañero de trabajo pudo participar en el asesinato de sus seres queridos. Si se dejaran llevaran por el rencor, volverían a matarse unos a otros. Ellos han tenido la sabiduría de hacer del mirar hacia delante su bandera y hoy reman todos juntos. Eso no quiere decir que no duela, las heridas van a tardar mucho en cicatrizar.

—Y en otros sitios la gente se divide por el resultado de un partido de fútbol, yo me quedo loco. Eso es sabiduría y lo demás son tonterías.

Pero no, sabiduría era la de Siara, que se las sabía todas. Bastó que me estuviera quedando un poco adormilado para sacar de a saber dónde otro de sus globos y hacérmelo explotar en toda la cara, justo cuando empezaba a dar aquella deliciosa cabezadita.

Sharik daba saltitos ante la mirada reprobatoria de Carola, que me decía que les reñía por mí, pero que le estaba costando Dios y ayuda reprimir las lágrimas de risa.

—Pues yo ahora no voy a buscarla para hacerle cosquillas, que te conste. Que esa es capaz de haber conspirado con algún bicho y que me coma a mí ahí en el lago.

—¿Qué dices? Que este no es el Ness, aquí no hay monstruos.

—¿No? Y ¿cómo definirías tú a esa pequeña monstruita? Mira, mira cómo se ríe.

No me pude contener, me levanté y la harté a cosquillas en pleno lago. Carola vino también a bañarse y ese fue para mí el mejor de los regalos. Disfrutamos de un baño refrescante e idílico en el que los cuatro terminamos salpicados de agua por doquier y soltando palabras en todos los idiomas. Lo mejor... que nos entendíamos solo con las miradas.

¡Cuánto hubiese dado porque la de Carola me indicara que yo volvería a ocupar su corazón! Pero algo me decía que ella no estaba demasiado por la labor....

Capítulo 6



El precioso recuerdo de la tarde anterior fue lo primero que se me vino a la cabeza con los primeros rayos de luz del día...

Un día que se presentaba para mí distinto, pues yo ya estaba viendo con otros ojos el corazón de África... Y porque iba a ir con Carola a visitar uno de los lugares más emblemáticos de aquel imponente país; el Parque Nacional de los Volcanes, como ella me había propuesto la tarde anterior.

Salí de mi dormitorio y los niños ya estaban esperándome, aunque mi desayuno también, por lo que les indiqué que tuvieran un poco de paciencia, cosa a la que accedieron gustosos.

Mientras, cogieron los balones de fútbol que yo les había llevado y se dispusieron a echar un partido.

Desayuné con Terry y con Carola, que llegó iluminando el comedor con su sonrisa. Cada día aparecía más guapa, aquel lugar le sentaba muy bien, no había duda, demasiado bien. Le pedí al cielo que, pese a ello, siguiera en su ánimo volver a España al año siguiente, con los suyos, y si un milagro lo quería, también conmigo... aunque no creía que tuviera la suerte de que fuera en calidad de mi pareja, como yo deseaba.

La mañana pasó en un suspiro, porque la concentración que mostraban los niños hacía que por momentos yo me sintiera más cómodo dándoles clase. Ese día repartí plastilina y sus caritas volvieron a ser de felicidad total.

Les propuse que hicieran figuras con ellas y por Dios que hacía falta mucha imaginación para saber lo que algunos de ellas habían representado... Claro está que a mí me hubiera pasado exactamente lo mismo, no había yo estudiado Bellas Artes precisamente.

Lo mejor del caso fue que Siara moldeó a dos personas y yo me temí lo peor. Una figura representaba a Carola y otra a mí, y ella hacía como que nos estábamos dando un beso.

En su idioma, les explicó al resto de los niños y todos empezaron a reírse, señalándome. Aquella enana me los estaba revolucionando. No

podía ser, di unos golpecitos en la mesa como para poner orden, pero entonces ella cogió a los dos muñecos y volvió a besarlos entre sí. Nuevas risas que atrajeron incluso a algunos de los mayores que pasaban cerca de la escuela y que, encantados de que los niños se lo pasaran así de bien conmigo, me exhibían su pulgar hacia arriba.

Almorcé con Carola y Terry, y se nos unió también Helen. Todos ellos me decían que la visita al hogar de los gorilas me iba a fascinar, aunque eso era algo que yo ya tenía asumido. Hasta una visita al infierno me hubiera gustado si era en compañía de Carola.

Salimos del comedor y los niños me reclamaron para jugar. Ella tomó las riendas a la hora de explicarles que yo debía acompañarla a una población cercana, que otros niños necesitaban vacunas y que ese día yo no podría jugar con ellos.

Siara me miró sonriente y yo pensé en que por un día me iba a librar del globazo, como Manolo que me llamaba. Bueno, como Manolo o como Olo, que yo ya no lo tenía demasiado claro. Ellos le preguntaron si íbamos a ver algo más y la sonrisa afloró a sus caritas cuando les indicó que sí, que íbamos a ver a los gorilas de montaña.

¡Cómo no! Siara aprovechó para volverse a hacer la dueña de la situación y empezó a andar por la tierra imitando a un gorila y los demás la siguieron. ¡Esa niña tenía más don de mando que la Merkel!

Su gesto despertó mi imaginación y Carola parece que me leyó la mente, porque ambos nos pusimos a cantar y bailar “El baile del gorila” y en un periquete, los niños estaban imitándonos, quedándose con la copla.

Ea, pues ya teníamos dos bailecitos con los que amenizar nuestras reuniones... Si el que no se consuela es porque no quiere.

Partimos en un Jeep a la población en la que Carola tenía que vacunar a unos pequeños contra la diarrea. Comprobé con júbilo que allí la recibían como a una heroína. Dispuesta, buena profesional y simpática a rabiar, ella se había metido a todas aquellas personas en el bolsillo.

Después de tratar a los pequeños, revisó el ojo de un anciano que había sufrido una hemorragia y me indicó que ya estábamos listos para seguir camino hacia el parque.

La mujer del anciano, agradecida, nos invitó a pasar a su casa y nos obsequió con unos boniatos que había asado, gesto que le agradecemos. Lo dicho, hace más quien quiere que quien puede...

A continuación, volvimos a coger el Jeep y ya sí enfilamos el camino que nos llevaría a nuestro magnífico destino. Me emocionaba al máximo pensar que íbamos a visitar el territorio de Dian Fossey, aquella investigadora norteamericana que conocía como nadie a los gorilas y que fue trágicamente asesinada en circunstancias todavía no aclaradas.

En cualquier caso, sería todo un lujo llegar al hábitat natural de aquella extraordinaria especie que, por desgracia, estuvo en su día a punto de extinguirse y con el tiempo consiguió empezar a recuperarse, hasta alcanzar los casi mil ejemplares.

Mucho antes de que Carola pusiera los ojos en Ruanda para hacer de ese país el destino en el que desarrollar su voluntariado, habíamos visto aquella película en mi casa, ¿quién nos iba a decir que viviríamos ahora esa experiencia juntos, pero a la vez separados, sin ser pareja?

Nos alojaríamos en unas cabañas cercanas al parque, que nos mostraban unas inigualables vistas de bosques tupidos que parecían haber crecido al efecto para quitarse de encima la bruma vespertina, según me contó ella.

—Esto sí que es toda una sorpresa —le dije entre dientes cuando comprobé que nos daban la llave de una sola cabaña para compartir.

—Ni se te ocurra hacerte ilusiones, es una cuestión de pura logística y economía, pero tiene dos camas, que lo sepas —me advirtió con el dedo como diciendo que ni se me fuera a ocurrir darle la del pulpo con mis cosas.

—Vale, vale, ya me callo —reí.

—Mucho mejor, así estás más guapo —me contestó también risueña.

La idea era pasar la noche en aquel extraordinario lugar, y estar allí cuando amaneciera el día siguiente, para poder hacer una incursión como Dios manda por aquellos bosques.

Nos instalamos en la cabaña y volvimos a dirigirnos al corazón del complejo. En él, y desde media tarde, los sonidos de la selva africana se nos presentaban envolventes, penetrando de una forma tan profunda como limpia y poniendo punto final al silencio.

Estar en aquel paraje me imponía una barbaridad, pues no todos los días ponía uno los pies en un santuario de primates y reserva de la biosfera como aquel. Poco tenía de extraño que Dian Fossey lo hubiera elegido para

desarrollar su labor, gracias a la cual se pudo poner freno a la caza furtiva de estos insignes animales.

Yo ya estaba seguro de que, si conmovedor sería admirar a aquellos gorilas en su hábitat natural, para mí no lo sería menos pasar la noche con Carola allí. Dando una vuelta por sus inmediaciones, tuve la suerte de que me contara mil y una anécdotas sobre cómo fueron sus comienzos en aquel lugar y sobre lo mucho que había aprendido y crecido como persona desde que estaba en él.

—¿Sabes que tuve la suerte de conocer a Zura Karuhimbi? —me preguntó orgullosa.

—En cristiano, por lo que tú más quieras —reí—. No me suena ese nombre, vecina mía creo que no ha sido.

—Pues fue una mujer que fingió ser bruja y con esa ingeniosa idea logró proteger a más de cien personas durante el genocidio, ¿cómo lo ves?

—Increíble, ¿cómo lo voy a ver? Por cierto, que increíble de guapa estás tú también hoy, ¿no te parece?

—Siempre fuiste un adulator nato —rio ella.

—Y un poco gilipollas, también un poco gilipollas —dije en alusión a la forma tan tonta en la que dejé que se apartara de mi vida.

—Oye, oye, que te veo venir y yo paso de conversaciones profundas, que bastante tengo yo con lo mío —rio y salió a contemplar uno de aquellos atardeceres africanos de película que todos los ojos deberían ver al menos una vez en su vida.

Las puestas de sol en África, por todos es sabido, constituyen un espectáculo sin par por cuanto muestran en su máximo esplendor paisajes increíbles de sobrecogedora belleza. Por mucho que yo tuviera conocimiento de ello, no tomé conciencia del todo hasta que no vi esconderse el sol de una forma casi mágica, y con la compañía de Carola.

Comprobar que el plomo del atardecer da lugar a la noche en el continente africano te hace comprender por qué África alberga a un gran número de los lugares más bellos del planeta en su seno.

Volcanes con laderas verdes y aguas oscuras, que cubrían los durmientes lagos del parque, quedaban grabados en mi retina en unos momentos que se me antojaban irrepitibles.

Cuánta hermosura y cuánto misterio que se aunaban tanto en el paisaje como en Carola, que me seguía tratando con todo el cariño y la ternura del

mundo, pero a quien no lograba sacar ni una sola palabra, ni siquiera un gesto, de esa aproximación que yo tanto anhelaba.

—La primera vez que vi la infinidad de tonalidades que inundan el cielo africano al atardecer, pensé que no iba a querer moverme nunca de aquí —me confesó.

—Pero dime que luego cambiaste de opinión. Si es por tonalidades, tú no te preocupes, que yo cojo la carta de Titanlux y a ti no te va a faltar ni una donde quiera que vayas, princesa.

—Sí, precisamente de princesa tengo yo aquí pinta —rio.

—Ni falta que te hace, a decir verdad, pareces Dora “la exploradora”, pero yo no te recordaba tan guapa...

—¿O sea que cuando me dices lo de feilla no es broma? —puso ella los brazos en jarra.

—Quiero decir que ya eras preciosa, pero que África te ha hecho todavía más...

—¿Más mujer? Eso no te lo voy a negar, lo que vives aquí en un año, no lo vives en España ni en una decena de ellos...

—Eso ya lo veo. Pero ¿no has echado de menos aquello?

—Todos los días, por supuesto, pero yo sabía que tenía un propósito que cumplir aquí y estoy orgullosa de haberlo hecho así.

Cuánta valía concentrada en un solo cuerpo y cuánta tontería en mi mente el maldito día que decidí que, si se iba, ella y yo habíamos acabado.

—¿Y qué es lo que más has echado de menos? —le pregunté con mi sal y mi pimienta.

—La comida de mi madre —me sacó la lengua y con aquel espontáneo gesto dio la pregunta por zanjada.

Acaricié su mano, de forma instintiva, no pude reprimir mis enormes ganas de hacerlo. Hubiera muerto porque ella me devolviera esa caricia, pero no fue el caso. Carola me miró, y esbozando una sutil sonrisa, la apartó con tacto.

En nada cenamos en aquel majestuoso lugar, con un manto de estrellas cubriéndonos. Ella hablaba y hablaba y yo me deleitaba con el sonido de su voz; esa voz que había permanecido intacta en mi memoria durante aquellos dos años en los que ni siquiera habíamos intercambiado un WhatsApp.

Fue una noche preciosa en la que cruzamos cientos de miradas. Yo deseaba perderme en todas las que ella me dedicaba y hubiera pagado por saber hasta qué punto tenía posibilidades de hacer algún día de ellas nuevas miradas de amor.

África me estaba dando una lección en muchos sentidos, y yo lo daría todo por bueno si podía partir de allí, aunque fuera con alguna mínima esperanza en la mochila de poder recuperar a Carola.

Capítulo 7



Miré a Carola y pensé que ninguna otra imagen más gratificante para empezar el día que la de verla dormida en la cama de al lado...

A ver que, por pedir, preferiría tenerla en la mía y acurrucada entre mis brazos, pero me daba con un canto en los dientes por la oportunidad que estaba teniendo de disfrutar a su lado.

—¿Quieres que te traiga el desayuno a la cama? —bromeé, porque en la cabaña apenas teníamos nada que preparar.

—Deja, deja, no vaya a ser que hagas como en aquella ocasión en la que me trajiste un café y acabó en la pared; dos cucharadas de sal le habías puesto nada menos.

—Mi cabeza que siempre ha estado a pájaros, pero es la voluntad lo que cuenta, ¿no?

Me senté a su lado en la cama y me levantó de un almohadazo.

—Que no te iba a comer ni nada, animal —bromeé, porque me había dado con el filo de la funda en el ojo y me lo había puesto guapo.

—Por si las moscas, vámonos a desayunar que tengo un hambre que me comería a mi padre por los pies.

Desayunamos en aquel pequeño complejo, con las luces del alba y me pareció el escenario más romántico del mundo; si no fuera por el pequeño detalle de que tenía el ojo lagrimeándome todavía por culpa de mi intento de acercamiento. Carola era así, extremadamente cariñosa, pero también impulsiva y yo me la había jugado, y tenía un ojo a la virulé para demostrarlo.

Ella me miraba riendo y negando y yo me llevaba la mano al ojo poniendo puchero y reclamando un beso para desagraviarme. Ella negaba más y al final nos reíamos al compás.

Mis esperanzas no crecían, pero sí la ilusión de seguir compartiendo esos momentos con ella. Y si era en un lugar tan extraordinario como los montes ruandeses de Virunga, ¿qué más se podía pedir?

—No creas que vas a ver a los gorilas por la cara, ¿eh? Que sepas que la excursión, aparte de costar una pasta, implica una subida de varias horas, así que yo de ti me tomaría un refuerzo, que no quiero luego que me digas que no te lo he advertido.

—Pues nada, pediré un cola cao triple, porque anda que me lo estás pintando bonito —reí.

Un rato después ya estábamos en la entrada del parque. Me impresionó tener ante nosotros esa muralla verde formada por matorrales, árboles y bambú. No es que esperara encontrar allí un letrero luminoso, como en Las Vegas, pero aquella visión me dejó anonadado ya así de primeras.

—Si esto te ha sorprendido espérate a ver todo lo que el parque tiene por ofrecerte, no me seas empanado —rio Carola.

Nos acompañaba un guía, como no podía ser de otra manera. Su nombre era Anuar y me resultó de lo más simpático y accesible.

—¿Lo has escuchado? Si alguno de los ejemplares se pone un poco agresivo, tienes que mirar para otro lado —me recalcó Carola.

—Entendido, nada de competir por ver quién la tiene más larga —reí—. Sobre todo porque con esos grandullones, me temo que iba a salir fatal parado.

—Manolo, Manolo, genio y figura —reía ella.

Cómo me gustaba hacerla reír. El guía nos iba dando también algunos datos técnicos, como que el parque se llamaba así por albergar a cinco de los ocho volcanes que componían la cordillera de Virunga.

En nada comprobé que, lo que parecía a priori un enorme bosque de bambú, se iba convirtiendo en un bosque tropical con copas tan altas que no me alcanzaba la vista a verlas. Después, llegamos a una zona con vegetación más baja en la que no faltaban gran cantidad de helechos, ortigas y...

—¿Qué es esto? —le pregunté a Carola en relación a otras plantas que no conocía.

—Eso es apio salvaje y desde ya te advierto que es la comida preferida de los gorilas, lo digo porque no te conviene que piensen que vas a quitársela —rio.

—¿Qué dices? A mí no me gusta ni el apio normal, como para jugármela por el salvaje...

Igual que los turistas, íbamos divididos en grupos de ocho... Nosotros escogimos una incursión de dificultad media, por lo que se suponía que estábamos a unas tres horas de marcha de la familia de primates a la que deseábamos dar el encuentro.

El guía nos explicó que, de madrugada, los rastreadores solían averiguar el lugar en el que habían dormido, porque por lo visto montaban campamentos para protegerse del frío.

Delante de nosotros iba también un guardabosques armado y aquello ya como que me escamaba un poquito más.

—¿El tío ese por qué lleva ese pedazo de arma? Mira que yo no me voy a acercar a ti más de lo que tú me dejes —bromeé.

—Porque aquí no solo hay gorilas. Podemos tropezar con elefantes y...

—Será encontrarnos con elefantes, porque para tropezar con ellos, ya hay que tener dioptrías —reí.

—Eres más tonto —rio— como te tropieces con uno se te van a quitar las ganas de bromas y si es un búfalo ya ni te cuento, los tienen por los animales más traidores que existen.

Menos mal que eso me dejaba en buena posición, si ella lo consideraba así, no me vería a mi como el más traicionero. Para eso ya estaba yo, que me echaba mierda solito encima que era un gusto, recriminándome una y otra vez el haberla dejado escapar.

—¿Y este recorrido es el de dificultad media? Por mi madre de mi alma que no quiero entonces imaginarme lo que debe ser el más complicado.

Por la forma en la que Carola se reía, hasta el porteador que llevábamos, que no me entendía, se echó a reír también.

—No te quejes anda, que todavía queda...

—¿Mucho? Mira que yo no he visto más fango en mi vida. Menos mal que no tengo que ir luego a casa de mi madre que, si no, me obligaba a tirar las botas antes de entrar.

Nuevas risas de Carola que me sonaban a bendita melodía y una selva que cada vez se nos mostraba como más impenetrable.

—Mi cantimplora está ya más seca que el guarda de una pirámide —dije poniéndola boca abajo y viendo que apenas quedaba una miserable gota.

—Ya te doy yo de la mía, anda, quejica —me ofreció la suya Carola.

En ese y en otros muchos gestos descubría a una Carola que no solo era cariñosa conmigo, como lo fue siempre, sino que además se había convertido en toda una mujer, fuerte, valiente y previsor.

—Gracias, preciosa —bebí solo unas gotas, pues no era plan de abusar.

—Schh —me indicó en referencia al movimiento de los porteadores — Recuerda que no se puede hablar fuerte cerca de los gorilas.

No sería a mí el guapo al que se me ocurriera ofender a aquellos imponentes animales. Recordé lo que me había comentado Carola de que no debíamos acercarnos a menos de siete metros de ellos, aunque la realidad mandaría...

La emoción que sentí en el momento en el que por fin los divisamos no es fácil de explicar. Disponíamos de una hora para acompañar a los que llaman “el tesoro mejor guardado de África” y entendí que se me iba a hacer demasiado corta.

Sencillamente imponentes, aquellos animales jugaban e interactuaban entre ellos de forma parecida a como lo hacemos los humanos.

—Deja la mochila aparte —me comentó Carola.

—Sí, sí, que mis bocatas son sagrados y, si uno de estos me los pide, no voy a tener más remedio que dárselos, como si me piden los calzoncillos, vaya...

Los teníamos cara a cara y los rastreadores hacían ruidos y se comunicaban con gestos, pidiendo permiso para acercarse a la manada.

Su forma de comunicación con ellos me dejó patidifuso, así como la curiosidad que mostraban por nosotros.

—Ahora vas a comprobar su grado de confianza —murmuró Carola sobre cómo algunos adultos se echaban una tranquila siestecita y permitían que las crías se acercaran a jugar con nosotros.

—Increíble, he tardado demasiado tiempo en venir hasta aquí —concluí pensando que nunca había vivido una escena más impresionante que aquella. Y hacerlo al lado de la mujer a la que seguía amando, eso sí que constituía todo un privilegio para mí.

—Mira, mira, Manolo, vienen hacia ti —me señaló Carola para que viera a unas crías que no paraban de hacer monerías a mi alrededor, jugando entre ellas y dando volteretas.

Sin flash y con extraordinario cuidado, tomamos también una fotografía de una mamá gorila que dormía con su bebé en brazos, en una

imagen tierna donde las hubiera.

Mientras, otras crías, con la torpeza propia de su edad, seguían jugueteando.

No obstante, hasta los porteadores tuvieron que contener la respiración cuando por fin apareció el macho alfa del grupo; un impresionante ejemplar de “espalda plateada” que marchaba hacia otra de las hembras con el lomo tenso y la cabeza erguida.

La imagen de aquel animal era casi mayestática, pues ver tan de cerca a un primate así de formidable es realmente sobrecogedor, para quien más y quien menos.

—¿Estás aquí, Manolo? —me preguntó Carola, pasándome la mano por delante de la cara.

—Estoy aquí, pero hipnotizado —le contesté sin poder dejar de mirar a mi alrededor.

Y es que estos imponentes homínidos, tan parecidos a nosotros, jugaban, se desparasitaban, comían, deambulaban por la selva, bebían y se refrescaban en los arroyuelos de la zona.

Pese a los ojos anaranjados y brillantes de inquisitiva mirada de algunos de ellos, todos parecían ser mucho más que un ser irracional, más bien seres que tenían mucho que enseñarnos a los humanos.

Permanecí el tiempo que nos quedaba disfrutando a partes iguales de aquellos animales, cuyo negro pelaje contrastaba vivamente con el verde que cubría el lugar... Una emocionada Carola me acompañaba y, en tan extraordinario escenario, me sentí inmensamente feliz.

Haciendo el paralelismo, pensé en que poco más que a aquellos animales me haría falta a mí para sentirme dichoso con ella. Por mi parte, hubiera votado por quedarme allí mismo a vivir en su compañía, sin mayores preocupaciones.

A la hora de irnos reconozco que perdí el control de mi expresión; con la respiración cortada y los ojos empañados, me despedí de aquellos venerables animales. Pasaban demasiadas cosas por mi cabeza en esos momentos, África me estaba regalando más de lo que yo hubiera imaginado a priori.

Un tanto exhaustos, emprendimos el regreso. Al día siguiente reanudaría las clases y cambiaría la visión de los primates por la de aquellos tiernos niños que ya llevaba en el corazón. Reconozco que hasta

Siara se estaba convirtiendo ya en un puntal en mi vida, por mucho que la jodida fuera más movida que una vaca cuesta abajo.

Pese al cansancio, la ilusión que llevaba por todo lo que mis retinas habían atesorado hizo que la bajada fuera mucho más llevadera... y eso que lo resbaladizo del barro propició que varias veces estuviéramos a punto de ir al suelo y de tener que pedir presupuesto para dientes nuevos.

Antes de despedirnos del parque, acompañamos a algunos turistas a la zona donde estaban ubicados sus hoteles, y allí vimos un espectáculo que ofrecían grupos locales, con danzas y acrobacias, que también me dejaron con la boca abierta.

—Son muy típicos de aquí, estos adolescentes en su día fueron niños de la calle y ahora la ayuda de los turistas les sirve para seguir adelante —me contó Carola mientras les aplaudía.

Si hubiéramos podido permanecer un día más, me indicó lo mucho que le hubiera gustado que subiéramos a la cima del volcán Bisoke, cuyo cráter estaba convertido en lago. Pero a nosotros el tiempo en solitario se nos había agotado y era hora de volver a nuestras obligaciones.

A media tarde emprendimos el regreso. Antes de volver a su aldea, Carola me condujo hasta otra de aquellas poblaciones aledañas a la entrada del Parque Nacional de Los Volcanes, donde había otro cooperante que le haría entrega de unas medicinas que llevar consigo.

Me llamó la atención la cantidad de mujeres que moraban por el campo, trabajando la tierra incluso a aquellas horas. Para más inri, algunas de ellas estaban embarazadas o portaban sus bebés en brazos, como ejemplo vivo de la férrea voluntad de progresar y evolucionar que mostraban aquellos pueblos.

Algunas de ellas nos señalaban y se dirigían a nosotros como “*msungu*”, término que Carola me dijo que equivalía a “gente de tez blanca”. Junto a ellas, un grupo de niños pululaban alrededor de sus madres. Algunos comenzaron a pedirnos que nos sacáramos una fotografía con ellos y accedimos gustosos. Luego se las enseñábamos y saltaban de contentos.

El cooperante mostró mucha cordialidad con Carola, una prueba más de que se había ganado el corazón de los locales y de los forasteros que, como ella, habían viajado hasta allí con la intención de echar una mano a unas gentes que bien lo merecían.

Por fin, subimos de nuevo al Jeep y, un rato después, ya estábamos en la aldea. Echando la vista atrás, habían sido tantas las emociones que me daba la impresión de que hacía un año que había salido de ella. Además, me había acostumbrado demasiado bien, y esa noche extrañaría la presencia de Carola en mi dormitorio.

—¿Ninguna posibilidad de que me lleves contigo a dormir? —le puse carita de pena.

—¿Tendrás cara? —rio ella—. ¡Pues claro que no!

—Es que después de ver a todos los gorilas así en familia, ahora me siento un tanto solo.

—Un tanto cara dura es lo que eres tú —rio—. Anda, un besito y hasta mañana. ¡Y ya vas en coche! —me indicó mientras me daba un beso en la mejilla.

Llegué a mi dormitorio con la idea en mi cabeza de que no cambiaría las últimas veinticuatro horas de mi vida por nada en el mundo. Vivirlas junto a Carola había supuesto para mí un placer inconmensurable.

Esa noche, y en mi memoria, los ojos vivarachos de aquellos gorilas volvían a brillar, como también lo hacía la sonrisa de la mujer a la que yo amaba; porque ya tenía muy claro que jamás había dejado de sentir el amor hacia Carola que un día nació en mí. Una dulce locura que renacía en el hogar de los gorilas en la niebla.

Capítulo 8



La visita al parque había causado en mí unos sentimientos muy fuertes, además, a Carola la veía más lejos de volver conmigo, pero las esperanzas florecieron en mí. Así me había levantado, plagado de contradicciones que no me llevaban a ningún lado y a todos a la vez, el caso es que quería recuperarla a pesar de sentir que esa posibilidad estaba a años luz.

Me levanté y vi por la ventana a Siara que me miraba desde abajo sonriente. Le hice un gesto de “por favor” con las dos manos, le suplicaba que tuviera clemencia conmigo ese día, pero su sonrisa me hacía presagiar que eso no iba a ser posible. Aquel trastillo me la tenía jurada y poco entendía ella de si yo me había levantado con más o menos fuerzas.

Bajé a desayunar, pero Carola no estaba, había ido a otra comunidad a ver si necesitaban de su ayuda. Poca duda me cabía de que sentía verdadera pasión por todo lo que hacía, trabajaba con el corazón y muy pocas personas podían decir lo mismo. Ese afán solidario fue el que la llevó hasta allí, lejos de mí.

Por esa razón, y pese a que Ruanda me estaba tocando la fibra sensible mucho más de lo que imaginé, también sentía que era la tierra que, en cierto modo, me había robado a la mujer de mi vida. Luego volvía a mí la cordura y entraba en razón; Ruanda no me habría robado nada, fui yo quien la apartó de mí por patán.

Cuando lo pensaba así, aquel lugar me causaba una paz increíble, a la vez que dolor por ver en las miradas de sus gentes la angustia del pasado, ese que estaba solapado pero que se reflejaban perfectamente en sus ojos, igual que en sus almas...

Siara me miraba al entrar en el aula con esa sonrisita que hacía prever que algo estaba barajando, ¿no tenía límites la inventiva de aquella mocosa? Parecía que no, pero es que al final hasta me estaba enamorando la pequeñaja; era divertida, alocada, en resumidas cuentas, era una niña y como tal, ¿por qué no hacer locuras? Lo malo que todas iban en la misma dirección, hacia mí y eso no era justo; pero bueno, ya me estaban

empezando a gustar sus bromas y mis formas de hacérselas pagar a través de esas constantes cosquillas que le hacían gritar como loca, aunque no servía de nada, luego volvía a ganárselas.

La mañana pasó lenta y el motivo fue que sabía que Carola no estaba en las proximidades, eso me entristecía, ahora más que nunca tenía esa necesidad de que algo cambiara de repente y volviéramos a estar juntos.

Sentía que, cuando la tenía junto a mí, las posibilidades de que volviera a mi lado aumentaban. Una tontería como otra cualquiera a la que agarrarme, pero es que deseaba tanto que ella me llevara nuevamente en su corazón...

Por fin llegó la hora del almuerzo y me senté fuera con un bocadillo de tortilla que me habían hecho, sabían que tenía ganas de saborear una y una de las voluntarias de cocina complació mis deseos.

Se lo agradecí de corazón. Allí, todos parecían llevar las ganas de agradar de serie, tanto los lugareños, como los voluntarios, y esa debía ser una de las claves de que unos y otros encajaran bien.

Siara apareció un poco después con Sharik, ambos ya habían comido pero les ofrecí un trozo a cada uno y se sentaron encima de mí, uno en cada pierna. Parecía como que notaban mi tristeza, la pequeña no me estaba haciendo ninguna de sus travesuras características, ¿podían tener ese sentido de la percepción? Es más, no dejaban de besar cada uno mis mejillas de forma sincronizada y a modo de juego.

¡Menuda estampa la de los tres allí! Desde luego que ese estaba siendo el verano más intenso de mi vida, y el más provechoso. Ruanda iba a marcar un antes y un después en mi existencia; y no solo por haberme dado la posibilidad de reencontrarme con Carola, sino la de conocer a aquellos seres humanos que tanto me estaban aportando.

Ella intuía mi pasión por Sharik y así lo había demostrado; aquellos niños tenían un sexto sentido increíble, el no tener la cabeza en la tecnología los hacía estar más alerta y con los pies en el suelo. O al menos así lo veía yo.

Un rato después me marché a mi dormitorio a dormir una siesta, quería que ese día pasara rápido y que ya llegara el siguiente en el que aparecería Carola. Cada vez tenía más claro que era ella quien daba sentido a mis días; de lo contrario, ahí estaba con la tristeza reflejada en mi rostro, y eso no lo podía evitar por mucho que quisiera.

Cuando me desperté me marché con uno de los chicos de la aldea en el Jeep. Fuimos a la capital a comprar cosas, vine abastecido de todo lo que pude; frutas, especias, carnes... me dejé un pastón, pero me daba igual. Deseaba llevar productos a las familias de los niños de mi comunidad, así que preparé una buena bolsa por choza y las entregué a la llegada. No imaginé nunca sus gestos al recibir las, me llegaron al corazón, al igual que todo lo que les conseguí a los niños como paquetes de patatas y chuches... No había mucha variedad, pero me hice de lo que pude y eso fue más que suficiente para que me demostraran su felicidad.

La pequeña me miró sonriente y me dio un beso, ese día no estalló ni un globo sobre mí, cosa que agradecí. Me quedé con los chicos jugando al fútbol hasta altas horas de la madrugada y es que estaban todos desatados, locos por jugar. Por mi parte, así logré que mi mundo no se viniera tan abajo por la ausencia de Carola.

En la habitación me parecía vivir una película, me sentía en medio de esos anuncios de organizaciones pidiendo ayuda para este tipo de países y que verdad era... Había que sentirlo en el corazón para darse cuenta de que la vida es más de lo que tenemos ante nosotros, es mucho más que todo eso. Ruanda estaba llena de corazones dispuestos a luchar por sobrevivir y a pesar de los pocos medios que poseían, no apagaban sus sonrisas. Era increíble, me hacía sentir un idiota en el mundo materialista en el que vivíamos a base de querer tener de todo lo mejor y nunca parecemos suficiente.

Mi mente solo veía la imagen de Carola moviéndose por aquellas tierras que parecían como suyas, sensibilizada con ese pueblo que necesitaba su atención y cura; era como la luz del lugar y se veía que la respetaban y querían mucho.

Como yo... Yo la quería con toda mi alma y maldecía cada día el haberla dejado dos años atrás para encontrar una vida de mierda mejor; de fiestas, de mujeres y de todo aquello que nunca me llegó a llenar como ella. Eso fue lo que aprendí de aquella lección, que buscamos todo cuando lo tenemos al lado y no nos damos cuenta; que queremos más cuando el todo está frente a nosotros... eso me iba a doler cada día de mi vida, salvo que milagrosamente consiguiera recuperar a la mujer que tanto amaba.

Capítulo 9



El ruido de los niños jugueteando me hizo despertar... Nervioso por ver a Carola me asomé, pero no vi el coche en el que se fue por lo que aún no había regresado.

Me resultaba impresionante el desparpajo con el que se movía por aquellas inhóspitas tierras. Carola siempre había sido fuerte e independiente, pero ahora ya lo era por demás.

Bajé y saludé a los pequeños. Entré al comedor, pedí solo un café y me salí a tomarlo fuera, necesitaba aire. Seguía un poco con la sensación del día anterior encima, aunque el hecho de pensar en la vuelta de Carola ya me animaba bastante más.

Los pequeños no tardaron en agolparse a mi alrededor con el baile de la taza, ese que me iba a perseguir allí cada día de mi estancia, me tuve que echar a reír. Luego Siara les recordó a los demás el del gorila, era tremenda, lo que ella no retuviera...

Viendo la melancolía en mi mirada, vino hacia mí y me dio un abrazo. ¡Cuánto sabía aquella preciosa niña! Pero me llenó, la abracé bien fuerte y luego me puse la mano en el corazón, ella llevó la suya junto a la mía. Me había entendido esa manera de decirle que la quería y es lo que sentía.

Indudablemente, el no verbal es el idioma más internacional que existe. Así me lo daban a entender cada día aquellos pequeños con los que me comunicaba sin menor problema, pese a la barrera de la lengua.

Sharik me miraba sonriente y esperó que la pequeña se quitara de encima para venir él a darme su abrazo. Para mi asombro cogió mi mano y se la puso en el corazón, en ese momento lo único que se me pasó por la cabeza fue llorar, estaba sensible y las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas. Él las secaba con el dorso de sus manos y todos los niños me miraban. ¿Qué pasó?

Se hizo una fila y uno por uno vinieron a tocar mi corazón y abrazarme...

¿Cómo puedo describir ese momento? Pues como algo que me alegró el alma por completo, como uno de los momentos más maravillosos que había vivido hasta la fecha... de esos que pase lo que pase no se pueden borrar bajo ningún concepto.

Aquella mañana decidí improvisadamente algo... Me los llevé al lago en plan excursión, así que preparé unas bolsas con frutas, patatas y agua. Lo hice con parte de lo que había comprado el día anterior y que me quedé para ir suministrando poco a poco algo más de sustento a aquellas familias.

Todos los pequeños iban cantando por el camino una canción en su idioma, se escuchaba bonita, sonaba realmente bella a pesar de no tener ni idea de lo que significaba la letra. Lo viví como otro momento espectacular, aproveché para grabarlos con el móvil, cosa que pocas veces había hecho, ya que a mí me gustaba vivir el momento y grabar directamente en mi corazón. Eso sí, alguna que otra foto saqué en distintas ocasiones.

Echaba de menos la sonrisa de Carola, me encantaba la forma en la que me miraba cuando yo hacía cosas con los chicos. Su sensibilidad estaba fuera de toda duda y lógico que a ella eran situaciones así las que le llenaban. Poco de superficial tenía la mujer de mi vida, la más bella del mundo con unas bermudas, unas deportivas y una camiseta básica... Así iba ella de lugar en lugar por Ruanda, demostrando con qué sencillez y elegancia se salvaban vidas.

En el lago no me dio tiempo a poner las cosas sobre el suelo, pues los chicos ya habían soltado de cualquier manera las bolsas con las que me habían ayudado, para meterse en el agua... todos menos Sharik y Siara, ellos dos no se apartaban de mi lado; es más me cogieron una mano cada uno y tiraron de mí para bañarme.

Yo los miraba y me derretía. Ahora comprendía las palabras de Carola cuando me dijo que Siara iba a conquistar mi corazón. Desde luego que aquella chiquitina de piel dorada lo había hecho y por la puerta grande... ¿Y qué decir de Sharik? Pues que él me ganó desde el primer momento. No quería pensar en el día en que tuviera que decirles adiós, pues me iba a partir el alma.

Fue en ese instante cuando una niña hizo amago de cantar la canción de la taza y le hice un gesto para que se callara; estaba de la taza hasta la

coronilla, tenía que sacar rápidamente un plan B, que tampoco fuera la canción del gorila, que me tenía ya igualmente un tanto hastiado. ¿Qué otra canción podría conquistarles tan pronto la escucharan?

Pues no podía ser otra que...

—“*Dale a tu cuerpo alegría Macarena, que tu cuerpo es pá darle alegría y cosas buenas*” —comencé a cantar ese trozo además de hacer un intento de baile con las manos y todo comenzaron a reír e intentar repetirlo.

Después de varios intentos casi ya la tenían pillada, así que esa se convirtió en la canción del día; adiós a la taza, al tenedor y a todos los utensilios de cocina de la dichosa canción que me acompañaba cada jornada... Y adiós también al gorila con sus saltitos.

Siara no paraba de acercarse y decir...

—*Ey Macalina aaaa.*

Me tenía que echar a reír, no podía con ella, era todo un personaje, la líder del grupo. Siara iba a poner firme a todo el poblado en muy poco tiempo, tenía madera de jefa y se veía venir.

Los niños se lo estaban pasando bomba y yo me sentía bien por haberles propuesto pasar un día que probablemente tardarían en olvidar. Me encantaba ver lo felices que eran con tan poco, la forma en la que sonreían con la cara y con el corazón en cuanto se les daba una pizca de cariño y de atención.

Locos de alegría, jugaron al fútbol, al pilla pilla y a todo lo que se me iba ocurriendo para divertir a esos pequeños en un lugar donde cualquier cosa era especial y única.

Mientras permanecía allí miraba mi piel... el sol la estaba dorando día a día. Pese a ello, los niños solían venir a comparar sus bracitos con los míos y reían, llevándose las manos a la boca, probablemente porque debían pensar que yo estaba más blanco que una pescadilla.

A la hora del almuerzo, pude comprobar la solidaridad de la que hacían gala, pues todos miraban por los demás... Y si la ración de uno resultaba un poco más pequeña, enseguida la compensaban entre todos. Aquellos enanos no conocían la maldad.

Volvimos a las cinco de la tarde y ya estaba allí Carola riendo al ver la excursión con la que había sorprendido a los niños, además de llevar a mis dos petardos de cada mano, pero es que no me dejaban ni a sol ni sombra.

—Te sientan fenomenal —rio viendo la estampa y es que no era para menos.

—¿Tú crees? Voy a tener que mirar si tengo un hueco en la maleta para llevármelos cuando llegue el momento.

—¿Así están las cosas? Huy, huy, que presagio que lo vas a pasar fatal el día que tengas que despedirte de ellos —rio de nuevo.

No sabía ella cuánta verdad había en sus palabras. Yo no quería ni pensar en el día en que tuviera que poner rumbo al aeropuerto, por ellos y, por supuesto, por ella. Después de reencontrarme con Carola había llegado a la conclusión de que no podía ni quería vivir sin ella, aunque obvio que esa decisión no estaba en mi mano.

Quedé en que me duchaba y en que luego me iba con ella a ver el atardecer al otro lado de la colina. Por lo visto el lugar era espectacular y desde el comienzo me había dicho de llevarme alguna noche. ¿Para qué esperar más? Había llegado el día.

Corrí bastante, pues a las seis comenzaba la puesta del sol, allí amanecía bien temprano, así que de la misma forma el astro rey se escondía unas once horas después...

Carola me esperaba con una mochila que portaba unos bocadillos y agua, nos acercó un compañero en un coche y quedó en recogernos un par de horas más tarde. Un par de horas me parecía muy poco tiempo para disfrutar a solas con ella, pero menos daba una piedra y no sería yo quien me quejara.

Nos sentamos en tan majestuoso rincón, disfrutando de ese silencio que era como una melodía para nuestros oídos... Solos con el sonido de la naturaleza por todo acompañante... viendo cuanto nos ofrecía el lugar, que era una auténtica maravilla natural.

Miré a Carola y me dieron ganas de besarla, fueron unos segundos en los que parecía que ella también quería que lo hiciera; pero enseguida sonrió y miró hacia el infinito... Mi amada me había puesto la miel en los labios, pero no había dado el paso....

Casi pude sentir que iba a ocurrir, pero no; o yo no fui lo suficientemente rápido o ella se lo pensó mejor y miró hacia el horizonte, ese que teníamos ante nosotros... un verdadero espectáculo para la vista y para los sentidos, sentidos que se agudizaban al estar a su lado y que hacían que mis sentimientos estuvieran a flor de piel.

Nos comimos el bocadillo charlando, ella contándome cosas de aquel lugar, de tantos atardeceres que había vivido desde diferentes puntos del país, pero todos igual de increíbles...

No solo era bella sino interesante, y además la mujer por la que daría un brazo si fuera necesario. Lo estuve pensando unos segundos, pero finalmente llegué a la conclusión de que solo se vive una vez.

Y la besé, la cogí desprevenida y en un giro se topó con mi beso, fue rápido, sin previo aviso y ella... Ella comenzó a reír negando.

—He cruzado medio mundo para un beso. ¡Ya era hora!

—Y serás capaz... —volteó los ojos sin dejar de reír.

—Pues claro, vine buscándote... —arqueé la ceja.

—Hombre, yo sabía que tú, sin una poderosa razón, de voluntario como que no, pero necesito que me digas una cosa, ¿por qué te acordaste de mí después de tanto tiempo?

—¿Y qué te hace pensar que alguna vez te olvidé? He estado pensando en ti cada día durante estos dos interminables años.

—Bueno, tú elegiste estar solo, no fue una decisión mía. Yo me limité a respetarla, aunque no la entendiera...

—Yo elegí ser tonto y no me equivoqué...

—Pensé que ya me habrías olvidado —dijo en un tono sincero y triste —. Ahora...

—¿Ahora qué? —pregunté nervioso, no podía aguantar más, necesitaba saber.

—Estoy con alguien que permaneció aquí hasta hace un mes y volvió para España por trabajo...

En ese momento sentí que el mundo se me caía encima. Me entraron ganas de llorar, de tirarme por aquella colina para abajo y punto; mis peores presagios habían acabado de confirmarse. Debí pensar que Carola valía demasiado para estar sola indefinidamente. Maldije mi suerte o, mejor dicho, maldije mi mala cabeza, que fue la que me llevó a dejarla marchar un fatídico día.

Mi rostro se vistió de tristeza, ella también se quedó en silencio, pero parecía cabizbaja. Noté que estar con otro la hacía poner freno a algo que seguía sintiendo. Su confesión me había roto en dos, sus palabras me habían partido el alma y ahora solo quería huir. Conociendo a Carola y a su sentido de la lealtad, yo no tenía nada que hacer. Ella no era amiga de

dobleces ni juegos. La triste realidad era que acababa de levantarse un muro entre nosotros dos.

El silencio duró lo que tardó en llegar el coche en recogernos. Durante ese trayecto yo iba hablando con el chico que nos trasladaba, pero mi mente estaba demasiado ida, demasiado dolor en mi corazón como para olvidar lo hablado.

Al llegar la acompañé hasta la puerta de su habitación, ella seguía en silencio, entonces me miró para despedirse.

—Espero que me puedas seguir mirando a la cara sin sentirte mal...

—Tranquila —dije con un nudo en la garganta—. Hasta mañana —me giré sobre mis talones y me retiré a mi habitación.

Las piernas me temblaban, el corazón se me encogía y tenía ganas de llorar, menudo jarro de agua fría, menudo tropiezo con la realidad... Me había dado de bruces en el suelo y sin paracaídas.

Capítulo 10



El ir y venir de los pequeños me resultó menos alegre que otras mañanas. Es curioso cómo el estado de ánimo determina la percepción de lo que tenemos a nuestro alrededor y el tipo de día que vamos a pasar.

Miré por las ventanas y cuando vi el movimiento de sus doradas manitas saludándome pensé en que tenía que dejar el egoísmo a un lado. Poca culpa tenían ellos de que el verdadero motivo de que yo pusiera los pies en su poblado fuera Carola.

Todos y cada uno de los niños me siguieron hasta el comedor, aunque poco hay que decir de que Sharik y Siara, esos dos pequeños que se habían convertido en mi sombra, se engancharon de mis manos, por lo que fui columpiándolos de ellas hasta la entrada. Les indiqué con gestos que tuvieran un poco de paciencia y entré en el comedor. Los bulliciosos pequeños señalaron a los balones en señal de “*no problem*” y sacaron mi sonrisa.

Entré en el comedor y los ojos de Carola me impactaron un poco. No los noté tan vivos como el resto de los días, aunque era más que probable que a ella le ocurriera lo mismo conmigo. Nuestro saludo estuvo revestido de un halo de tristeza que creo que no pasó por alto al resto de nuestros compañeros. Procuré tomar el desayuno algo más rápido que otros días, con la excusa de que los peques me esperaban.

Mientras apuraba el café percibía por el rabillo del ojo la nostalgia con la que ella me miraba.

Un rato después, al entrar en el aula, comprobé con regocijo que ya estaban todos sentados esperándome. Sentí un inusitado orgullo al pensar que, pasara lo que pasara con Carola, yo estaba aportando mi granito de arena para enriquecer a los niños con una experiencia inolvidable.

Esa mañana, igual que todas, aparte de las explicaciones generales, me afané en ofrecer a aquellos pequeños la atención individualizada que requerían. Ávidos de conocimiento, agradecían sobremanera que me dirigiera directamente a cada uno de ellos y es que el hecho de que todos

estuvieran mezclados, sin distinción de edades, no facilitaba precisamente su educación.

Comencé por darles un refuerzo de matemáticas y de inglés y, a media mañana, paramos. En el mismo instante que lo hicimos, Siara, quién si no, se puso de pie y contoneando sus pequeñas caderitas, entonó su “*Ey Macalina aaaa*”. El resto de los niños no tardaron en seguirla y pronto tenían montada su particular coreografía.

Su gesto me pareció ideal y pensé que podíamos dedicar la segunda parte de la mañana a montar un taller musical en el que los peques se familiarizaran con las notas musicales.

A todos les parecieron de lo más divertidas y competían entre ellos levantando sus manitas para identificarlas. Y eso que, incluso en momentos así demostraban nobleza, pues si uno se atascaba los demás le daban el empujoncito necesario para que saliera adelante y todos terminaban aplaudiendo cuando por fin daba con la nota en cuestión.

Carola se asomó por la ventana de la escuela y todos les recitaron las notas. Ante su “*do re mi fa sol la si do...*”, ella esbozó una sonrisa y levantó el pulgar en señal de “bien hecho”. Yo le devolví la sonrisa mientras un nudo se apresuraba a atar mi estómago por la base...

Unas horas después las clases tocaron a su fin y volvimos a coincidir en el comedor. Por suerte, Helen se mostraba de lo más dicharachera y eso solapaba en parte la actitud más apesadumbrada que mostrábamos tanto Carola como yo.

La holandesa era muy graciosa y, al igual que Carola, llevaba ya varios años de voluntariado, con la diferencia de que ella lo había desarrollado en diferentes países. De lo más emocionada, nos contaba que en cada uno de ellos había dejado detrás a una familia. Era tanta su implicación con África que no pensaba por el momento volver a su país. A mí, la idea de que Carola volviera a España me seguía reconfortando, si bien pensaba que ya tendría que asumir que su vuelta tuviera poco que ver conmigo.

Escuché a Helen con interés, deleitándome en su relato sobre la primera vez que vio reunida a una manada de, nada más y nada menos, que unos dos mil búfalos y me tuve que reír con la forma en la que Carola le comentaba que eso sí que tenía peligro y no unos San Fermes.

En ese momento la miré y detecté la nostalgia en sus ojos, lo mismo que debieron transmitirle los míos. Fijo que a ambos se nos vino a la

mente lo mismo, aquella vez que fuimos juntos a Navarra para vivirlos a lo grande, ataviados con el típico pañuelito rojo y la indumentaria blanca.

Carola y yo habíamos vivido muchos e increíbles momentos en el pasado, momentos que parecía no iban a volver a repetirse. Como excepción, claro está, los del resto de días que yo permaneciera en Ruanda. Decidí que tenía que llevarme los mejores recuerdos de aquel lugar, mezclados con las vivencias que, junto a Carola, pudiera atesorar en mi mente.

A la salida del comedor, se acercó a mí.

—Manolo, ¿estás bien? —me preguntó con gesto consternado.

—He tenido días mejores, bonita, pero no te preocupes. Tampoco veo que estés tirando cohetes —escudriñé su mirada en busca de alguna palabra de aliento que no iba a llegar.

Lo único que podría alentarme sería que Carola me dijera que se había dado cuenta de que, ir hasta Ruanda a buscarla, era una prueba de amor suficiente como para perdonar mis torpezas del pasado y abrazarme con fuerza, diciéndome que volveríamos a estar juntos. No hubo suerte, sobra decirlo.

Sin embargo, y pese a tener una nueva ilusión en el horizonte, la información que me enviaban sus ojos era un tanto contradictoria, no demasiado acorde con la de una persona que tiene a alguien nuevamente en su vida.

Después de almorzar y preso todavía de esos recuerdos, decidí echarme un poco. Pero el calor y mis pensamientos se aunaron, no dejándome dormir. Un tanto desesperado, me levanté y me dirigí andando hacia el lago, ese lugar al que ella me había llevado días atrás y que invitaba a la reflexión. Bueno, invitaba a la reflexión siempre y cuando no estuvieran por allí aquellos pequeños pillos, en cuyo caso invitaría al juego y al despiporre.

Estaba a unos metros del lago cuando escuché aquellos desesperados chillidos, que emitía una voz inconfundible para mí. Aunque no pudiera entender lo que decía, no había duda de que Siara estaba pidiendo auxilio....

Veloz como una gacela, así debí volverme en un momento en el que la rapidez se convirtió en mi aliada y mis piernas echaron a volar, casi

literalmente. Llegué al lago y ella estaba intentando, sin conseguirlo, tirar de los piecitos de Sharik hacia fuera del agua.

Me acerqué a él y, mientras la pequeña intentaba contarme que se estaba ahogando, yo lo cogí en brazos y lo tumbé en la orilla. Para mi desesperación, Sharik no respiraba y urgía practicarle la técnica de RCP.

Los ojos aterrados de Siara me dijeron lo mucho que quería a su amiguito, y yo le indiqué que corriera a buscar a Carola. La situación me imponía tela porque, aunque en su día había acudido a clases de socorrismo y primeros auxilios, nunca me había visto en ninguna situación como aquella.

—Sharik, por lo que más quieras, no me hagas esto —dije en alto, por si el pequeño podía escucharme, mientras comenzaba a hacerle el boca a boca.

Los segundos se me hacían siglos y los ojos del pequeño permanecían inertes mientras mi desasosiego aumentaba. Cuando por fin los abrió yladeó su cabeza para que pudiera expulsar el agua que había entrado en su pequeño cuerpecito, las lágrimas afloraron a mis ojos.

—Pero chiquillo, si hasta has desteñido —le di un abrazo fortísimo pensando en que estaba pálido como la cera. Aunque para pálido debí quedarme yo, pues el temblor de mis manos hablaba del mal momento que acababa de pasar.

Unos minutos después, el movimiento de las hierbas me indicaba que llegaban Carola y la pequeña Siara.

—Sharik, Sharik —Carola llegó hasta él y lo reconoció de arriba abajo con un solo movimiento de ojos.

—Está volviendo en sí, le he tenido que hacer la RCP —murmuré entre dientes.

—Bien hecho, Manolo, bien hecho, acabas de salvarle la vida —las lágrimas también visitaron sus ojos.

Siara y yo guardamos un respetuoso silencio mientras Carola terminaba de revisar al niño, tras lo cual me indicó que era importante que descansara y que debíamos llevarlo a su casa.

Lo tomé en brazos y fuimos caminando, sin prisa, pero sin pausa. Al llegar a su choza, Carola le explicó lo sucedido a su madre y la buena mujer me abrazó también con lágrimas en los ojos y sin poder dejar de darme las gracias.

Tras permanecer un buen rato con él, durante el cual Carola comprobó que todo estaba bien, salimos de su choza. Yo noté que el temblor de mis piernas no desaparecía. De las palabras de Siara dedujimos que Sharik había sufrido un mareo en el lago que provocó su caída y el pobre se había hartado de agua. Suerte que se me ocurrió dar aquel paseo, habría encajado rematadamente mal que al pequeño le sucediera algo.

—Manolo, sigues sin parar de temblar —observó ella y yo vi que sí, que mis piernas parecían tener vida propia.

—Es que no he pasado más miedo en mi vida —le confesé.

—Lo has hecho extraordinariamente bien —la mirada de Carola, puesta en mí, me traspasaba.

Siendo sincero, percibí en ella algo que trascendía el cariño que sentía por mí o la felicidad que le había proporcionado que salvara al pequeño; percibí atracción y ganas de acercarse. Un momento mágico que no solo estaba en mi imaginación, sino que presenciaron mis ojos... Una magia que, desgraciadamente fue efímera, pues antes de que siquiera pudiera plantearme si nuestros labios iban a llegar a unirse, Carola se retiró, por lo que, para mi desazón, no hubo beso.

—Yo creo que debería retirarme también un ratito a descansar. Ese malandrín me ha dado una paliza emocional con su desmayo —le comenté.

—No me extraña, tienes cara de impresionado...

—¿De impresionado? Yo lo que creo es que me van a entrar unas diarreas que me va a llevar Dios como no podamos cortarlas, porque no veas el susto que tengo todavía en el cuerpo.

—No te preocupes, anda que, si necesitas algo para las diarreas, ya sabes dónde encontrarme —señaló el improvisado hospital.

Yo siempre había sabido dónde encontrarla, esa era la realidad. Lo malo es que había tardado demasiado tiempo en subirme en ese avión y ahora lo iba a pagar caro; otro se me había adelantado, ocupando el corazón de Carola.

Algunos compañeros salieron a mi encuentro y me preguntaron por lo sucedido. Manolo, el último en llegar, se acababa de convertir en la comidilla de todo el poblado.

—Al final te vas a tener que quedar aquí con nosotros —bromeó Helen.

Hasta eso llegué a pensar, hasta que me quedaría allí en Ruanda o en cualquier lugar del mundo con tal de estar cerca de Carola. A media tarde salí, los pequeños estaban disputando un partido de fútbol y los voluntarios nos repartimos entre ambos equipos, para reforzarlos. Ellos se lo estaban pasando bomba y eso era lo que contaba.

Carola estaba en el equipo contrario y en varias ocasiones luchamos por el balón.

—Ey, tú te has recuperado muy bien, a ti te va la marcha —dijo al terminar el partido, en referencia a que parecía que me hubieran metido un cohete en el culo después de tamaño susto.

Ella sí que estaba bien. Despeinada y con una ligera capa de sudor perlando su cuerpo, vi a Carola más guapa que nunca. Y había demostrado que también le iba la marcha. La que se fue siendo prácticamente una chiquilla, se había convertido en África en toda una mujer y en un estupendo referente para aquellas pobres gentes.

Lejos de empequeñecerse por su rechazo, mis sentimientos hacia ella no podían sino acrecentarse. Si antes la quería, ahora la quería más todavía, pero además la admiraba.

A su lado, volví a pasar a la choza donde el pequeño Sharik seguía guardando reposo, muy a su pesar, y bajo la atenta mirada de su madre.

Después de cenar, me tumbé bajo el manto estrellado, un tanto aparte del mundo, a solas con mis pensamientos. Para mi sorpresa, no tardó en llegar Carola. Lo hizo silenciosamente, con elegancia.

Me preguntó por lo que estaba haciendo allí, pero no lo hizo con palabras, sino con sus ojos. Ambos nos mantuvimos las miradas durante unos segundos en los que nos dijimos muchas cosas, sin decirnos nada. Lástima que yo no dominara del todo ese tipo de comunicación porque hubiera pagado mi peso en oro por saber lo que con sus ojos quería transmitirme.

Lo único de lo que tenía absoluta certeza era de que el tiempo pasaba demasiado rápido a su lado... de eso y de que mis labios querían besarla cada vez que eso ocurría. Por su parte, sus labios parecían seguir diciéndome lo mismo en muchos momentos, pero desgraciadamente, siempre la encontraba ya esquivada cuando reunía el valor para depositar un beso en su boca.

Finalmente, ambos nos marchamos a dormir y yo recé a todos los dioses porque el canal de comunicación que se había establecido entre nuestros ojos arrojara algo de luz a la cuestión.

Por la mañana, de nuevo la rutina y eso sí, una sorpresa; Carola tenía que desplazarse por la tarde a Kigali y me pidió que la acompañase. La idea me encantó y, una vez allí, recogido el material que necesitaba, me invitó a que hiciéramos juntos una visita impactante; una que iba a marcar un punto de inflexión en mi vida, pues enseguida comprobé que una vez que traspasara las puertas del Museo del Genocidio de Ruanda, jamás volvería a ver las cosas desde el mismo prisma.

Entrar en ese museo supone empaparte de uno de los capítulos más crueles, tristes y sórdidos de la historia reciente de África. No en vano, un número desorbitado de personas encontraron su merecido lugar de reposo eterno allí, se calcula que en torno a doscientas cincuenta mil.

Sus tres exposiciones permanentes explican el relato de los sucesos; la forma en que la tensión se intensificó entre los grupos étnicos, qué fue lo que desencadenó el terrible genocidio y, por último, y quizás todavía más desgraciado, cómo se desarrolló la tragedia bajo la vigilante mirada de Naciones Unidas, una fuerza de mantenimiento de la paz que no evitó la masacre.

La impresión con la que salí del lugar fue compartida por Carola.

—Si te sirve de algo, yo tampoco termino de acostumbrarme, por muchas veces que haya venido. Pero lo cierto es que creo que es algo que todas las personas deberían visitar al menos una vez en la vida.

—Eres muy grande, Carola, creo que te lo he dicho en estos días, pero no puedo evitar repetírtelo...

—Yo me siento muy pequeña al lado de la grandeza que veo en estas gentes, pero vaya...

—¿Tú te sientes pequeña? Pues menos mal, si siempre te hemos llamado Carola “la larga”, ¿o es que no te acuerdas?

—¿Cómo no me iba a acordar si siempre estabais con la famosa cancioncita?

—¿No echas de menos España? —le pregunté con mi sal y mi pimienta.

—Mucho, os he echado a todos de menos mucho durante estos dos años, pero sentía que mi sitio estaba aquí.

Me alegró escuchar esas palabras...

—¿El “todos” ese que has dicho me incluía a mí? —le pregunté con ojos vidriosos.

—No, incluye a mi prima “la coja”, ¿no te fastidia?

Sus palabras supusieron un soplo de aire fresco para mí, pero tenía que seguir siendo realista. Aunque Carola me hubiera echado de menos, su vida ya estaba rehecha con alguien... con alguien que probablemente nunca pudiera llegar a mirarla como la miraba yo.

Hubiera muerto por cogerla por la cintura y haberla besado, pidiéndole que se olvidara de ese otro hombre y que solo tuviera ojos para mí; de la misma forma que yo solo los tendría para ella. Pero, siendo honesto, aquello constituiría una injusticia en toda regla.

Ahora yo ya sabía que mi decisión de finalizar lo nuestro le había hecho a Carola mucho daño en su día. Con esa premisa, ¿quién era yo para llegar de nuevo a su vida y ponerla patas arriba? ¿Y si esa persona le había proporcionado la paz que con mi estupidez actitud un día le arrebaté?

Durante el camino de vuelta permanecí más callado de lo habitual. Mentiría si dijera que no disfruté con su compañía, yo con ella me apuntaría hasta a una ronda de aspirinas, pero la esperanza de recuperarla con la que llegué a Ruanda se estaba diluyendo día a día.

Con ese mismo pensamiento me dormí aquella noche y me levanté a la mañana siguiente. El resto de la semana transcurrió en rutina total; clases en la escuela, actividades deportivas con los chicos y la práctica de mi hobby favorito, que no era otro que jugar a las miradas furtivas con Carola.

Cada vez me quedaba menos tiempo en aquel poblado e intensificar aquellas miradas era algo necesario para mí. En breve volvería a España y atrás dejaría a mi persona favorita, esa capaz de hacerme temblar con un solo aleteo de pestañas. ¿Cómo podía ejercer ese poder sobre mí?

Capítulo 11



Los días habían avanzado al igual que lo harían los que quedaban, que se iban escurriendo sin que yo pudiera hacer nada por retenerlos y eso a mí me estaba matando.

Carola tenía la necesidad de pasar tiempo conmigo, yo lo notaba y eso no me lo podía negar nadie, pero su corazón estaba dividido. En mi contra jugaba que ella era una mujer muy leal a sus principios, lo último que haría sería engañar a nadie, por mucho que tuviera el deseo de que compartiéramos algo más que momentos de amistad.

Esa noche habíamos quedado para ver la puesta de sol y comernos unos bocatas, además, había decidido entregarle los regalos que compré en el aeropuerto para ella.

—Esto es para ti, te lo compré en el aeropuerto, pero nunca me atreví a dártelo, aunque lógicamente no me lo voy a llevar de vuelta —puse la bolsa delante de ella.

—Gracias, no debías...

—Sí, sí debía —sonreí con tristeza, sentía cómo se iba alejando de mí y en breve yo tendría que partir. Muchos kilómetros nos separarían, rompiéndome el corazón.

—Miró emocionada el bolso y el perfume —comprobé cómo se le caían las lágrimas y eso me encogió ese mismo corazón que en breve estaría roto en pedazos.

—¿Qué te pasa? —pregunté murmurando casi sin voz.

—No estoy bien, no lo estoy —dijo en voz baja y noté que su tristeza la hizo flaquear, mientras un río de lágrimas se desbordaba por sus mejillas.

Con mis dedos comencé a secarlas y ella se echó sobre mi pecho. No tardé ni un segundo en abrazarla y besar su coronilla de forma entrañable.

—¿Por qué no estás bien?

—No puedo hablar ahora sobre ello...

—Necesito saber Carola, me gustaría ayudarte.

—Quizás es demasiado tarde...

—¿Tarde para qué?

—Para que me ayudes.

—¿Tienes problemas?

—Me alegro mucho de que aparecieras, no lo niego, tenerte aquí es algo que me gratifica mucho, pero...

—Pero estás con otro...

Asintió con la cabeza, esa que seguía apoyada sobre mi pecho mientras yo la abrazaba con todas mis fuerzas.

Me maldije interiormente por lo tonto que había sido, por aquellos momentos que había perdido de estar con ella. De no haber sido tan cuadrulado seguiríamos felizmente juntos, pues ella me causaba una infinita felicidad, esa era la verdad.

No quise decirle nada más, no tenía derecho a hacerlo. A lo único a lo que estaba autorizado era a agachar la cabeza, a comerme mi dolor y a aceptar que todo había sucedido por mi culpa; por ser un egoísta en su día y querer vivir a lo grande, cuando lo más importante lo tenía a mi lado y no lo vi.

Permanecimos abrazados como una hora, sin hablar, el silencio lo decía todo... y yo podía sentir su dolor atravesando cada poro de mi piel mientras miraba al infinito, a aquella bella estampa africana, mudo testigo de ese momento tan triste.

Se me pasó por la cabeza toda mi historia con Carola, cuando éramos felices. Recordé con añoranza aquella vez que nos fuimos de crucero y todas las noches se arreglaba. Cada una de ellas lució realmente preciosa, como era ella, acorde a la temática que iba implantando el equipo de animación.

En aquel viaje lo pasamos genial, disfrutamos de playas, de las grandes piscinas que había en el barco y de toda la infraestructura de la que contaba para que la diversión imperara en todo momento.

Además, transcurrió por las islas griegas. Eso motivó que en cada parada conociéramos aquellos lugares que nos dejaron un montón de recuerdos impregnados de felicidad en las fotografías de nuestros móviles; fotografías que tantas veces revisé, sobre todo las de Santorini y Mykonos.

Todo se me venía a la cabeza mientras la abrazaba, a la vez que me maldecía mil veces por haberla dejado ir. Tenía claro que en mi vida podría amar a nadie como lo hice con ella.

Luego volvimos a la aldea y la acompañé hasta su puerta de su dormitorio. Nos volvimos a abrazar, ella era incapaz de articular palabra, parecía súper afectada por todo lo que estaba pasando entre nosotros y por encontrarse atada de manos y piernas.

—Gracias de nuevo —se refirió a los regalos.

—Nada que agradecer —sonreí con tristeza.

—Mañana tengo que ir a una aldea cercana a la ciudad para revisar unos casos...

—Tranquila, prometo esperarte y no irme de discotecas —bromeé.

—Más te vale —por fin soltó una sonrisa.

Se acercó, besó mi mejilla y entró en su dormitorio. Yo me quedé pensativo tras esa puerta, casi sin poderme mover durante unos segundos, mi vida estaba ahí dentro y eso... Eso me hacía mucho daño.

Regresé a mi dormitorio y otra vez en mi mente se activó el modo nostalgia, con los recuerdos de todo lo vivido en nuestra relación pasada. Aquellos viajes formaban ya parte de mi patrimonio personal, como uno que hicimos a París.

Durante ese viaje disfrutamos de una preciosa cena en un barco y de un recorrido por el Sena, ese icónico río que nos mostraba una ciudad llena de luz en la noche, llena de vida, de imperiosidad.

En esa cena hablamos incluso de que un día nos casaríamos y tendríamos hijos. Carola siempre soñaba con una boda familiar, sin ostentación, llena del cariño de los nuestros y el amor que en esos momentos nos profesábamos ¡Cuánto daría por hacerlo realidad!

Además, también aprovechamos para irnos dos días a Disney y sacar nuestro lado más infantil; el que todos llevamos camuflado por la apariencia de los años, pero a pesar de todo, sigue intacto en nuestro interior, como demostramos sin reparos.

Tan mágico parque no hizo sino sacar su lado más divertido y soñador. Parecía como si la hubiera transportado a la niñez, hasta le maquillaron la cara con un diseño de fantasía. Por si esto fuera poco, llevaba un vestido de Mickey Mouse negro corto de tirantes con el muñeco en rojo, por lo que aprovechó para comprarse las orejas del personaje en forma de pasada y tan feliz que iba Carola, como una niña pequeña el día de Reyes. La de fotos que pudo tomarse con todos los personajes que encontraba en su camino y yo sonriendo, pues ella conseguía sacar la mejor de mis sonrisas.

Y era feliz, yo era muy feliz, pero todo me parecía poco en esos momentos. Quería más y por esa codicia la perdí, perdí todo lo que ahora anhelaba y valoraba como el mayor de mis tesoros, todo aquello que ahora no podía tener. ¿Podía haber sido más tonto?

No, no podía, de lo contrario ya era para crucificarme...

Una vez me metí en la cama, me costó mucho coger el sueño y más a sabiendas de que no despertaría con ella en la aldea, que se iba por unas horas... Unas malditas horas que restar al poco tiempo que me quedaba en aquel lugar.

Capítulo 12



Cabizbajo y triste fue como me levanté para dirigirme a tomar el que sería mi primer café del día.

Me senté fuera a tomarlo mientras miraba sonriendo a los peques que jugaban a la espera de su primera clase.

Mi cabeza era una tormenta de esas que avencinan temporal de los fuertes, llena de pensamientos tan tristes que me dejaban sin fuerzas.

Había perdido mi cariño y se había ido con otro, lo nuestro estaba acabado, pero ¿por qué estaba mal ella entonces?

No me atrevía a decirle que lo dejara todo y volviera conmigo. No tenía derecho a ello, ahora solo me quedaba ver cómo el tiempo se esfumaba y en breve partir con el corazón hecho añicos y una nueva visión de todo lo que nos rodeaba en el mundo; una mezcla de sentimientos de esas que te hieren el alma y te dejan tocado para siempre.

Me fui a impartir las clases, esas que los niños esperaban como el mayor regalo de su día a día, era increíble las ganas de aprender que tenían y transmitían.

Sharik y Siara juntos en primera línea me miraban con tristeza, parecía que podían percibir mi dolor. Y por percibir, yo también percibía el agradecimiento en la mirada del pequeño por lo que pasó en el lago, se notaba que desde ese momento me veía como su héroe, como esa persona que le había devuelto la vida.

A media mañana entró Terry en la clase de forma apresurada y me pidió que saliera un momento, la carne se me puso de gallina.

—Carola...

—¿Qué le pasa? —pregunté casi sin aliento.

—Tuvieron un accidente y la están interviniendo en la capital.

En ese momento me senté sobre un banco de madera, parecía que me iba a desmayar. Sentía como si todo mi cuerpo hubiera pasado a un estado de esos que se llevan toda tu energía, era como si mi mundo se hubiera parado en ese momento.

Levanté la cabeza y lo miré.

—Tengo que ir junto a ella —mis ojos comenzaron a derramar lágrimas y mi voz estaba rota, sin fuerzas, no era ni capaz de preguntar.

—Te están esperando ya con un Jeep, me quedo a cargo de la clase.

—Gracias.

Salí corriendo a mi dormitorio a coger una mochila. Metí en ella mi documentación, cartera, ropa y un poco de todo, no me iba a mover de su lado, no podía dejarla sola estuviera como estuviese. Si algo tenía claro era que debía permanecer a su lado, solo le pedía al universo que conspirara para que no le pasara nada y que saliera de ese trágico trance.

Ni tres minutos y lo tenía todo listo, salí apresuradamente, ya que teníamos el vehículo arrancado y esperando para correr y llegar lo antes posible.

El camino transcurrió como si alguien fuera lanzando cuchillos sobre mi cuerpo, como si me estuvieran arrancando la vida y lo peor de todo, solo se sabía que Carola había sufrido un accidente, pero poco más. Solo le pedía a la vida que la sacara de ese trance, que todo quedara en un susto y que la cosa no fuera tan grave; pero algo me decía que no iba a ser así, la cara de terror de Terry lo dijo todo.

Hicimos una parada para repostar y coger algo de bebida fresca, a la velocidad de la luz; los nervios por llegar hasta el hospital nos tenían ansiosos tanto al conductor como a mí por no perder ni un solo momento.

Recé todo el camino en silencio, recé como nunca lo había hecho y lo peor de todo es que me lamentaba por ser egoísta de solo acogerme a la fe cuando más lo necesitaba. Pero tenía que agarrarme a un clavo ardiendo, aquel era uno de los peores momentos de mi vida. Mi cabeza había sido sacudida por una de esas noticias que nadie está preparado para afrontar y me había tocado, no podía creerlo.

Tenía miedo a llegar a la vez que lo deseaba, las lágrimas no me daban tregua. El nudo en la garganta no me dejaba ni hablar, ni quería. Solo deseaba estar a su lado, solo imploraba que todo quedara en un susto y nada más.

Y por fin llegamos a la ciudad, cada vez estaba más cerca, los nervios se iban apoderando de mí, sentía como si me fuera a caer, a desvanecer, como si no pudiera con mi cuerpo... pero tenía que sacar las fuerzas y no podía flaquear, ahora Carola me necesitaba más que nunca.

El coche paró frente al hospital y me bajé, era hora de enfrentarme a la realidad...

Pregunté directamente en la recepción del hospital y una chica me dijo que esperase un momento que avisaba al médico, menos mal que el inglés lo llevaba bien y me pude hacer entender.

Los nervios se apoderaron más de mí todavía cuando creía que eso era imposible. Me senté apoyando mi frente en mis manos, estaba roto de dolor, de miedo; necesitaba que saliera alguien y me dijera que todo estaba bien y que me la podía llevar.

Diez minutos después, que se me hicieron eternos, apareció el doctor, bendita mi suerte que era latino e iba a poder entenderlo a la perfección.

—La paciente está sedada, sufrió un traumatismo craneal bastante fuerte, hasta que no pasen unas horas o unos días no vamos a poder tener un diagnóstico más claro.

Mi mundo se derrumbó en esos momentos, pero por completo, se paró y entré en un estado de shock que nuevamente no me dejaba articular palabra. No obstante, me pidió que lo acompañara y me llevó hasta ella.

Rompí a llorar sin poder evitarlo, con rabia, con dolor, con sensaciones que no podría explicar pero que eran de lo más feas y duras. Algo me decía viéndola que nada estaba bien y que todo podría terminar de la peor manera, con un desenlace fatal que acabara a su vez con su vida y con la mía.

Carola estaba ingresada en la unidad de cuidados intensivos, así que solo podría verla dos veces al día y no más de diez minutos, al menos mientras que permaneciera allí. Por esa razón, me dirigí a un hotel que había cerca y en el que me alojé, de ahí no me movería, no la iba a dejar sola y mucho menos en estos momentos.

Me encontré ante el dilema de si avisar o no a su familia, de qué hacer, pero iba a esperar un poco para saber si la cosa podía evolucionar favorablemente; la verdad es que tenía la cabeza como un bombo, no era momento de tomar decisiones.

Me senté en la ventana que daba a una avenida llena de tiendas, con inmenso trasiego y donde la gente se buscaba la vida, no podía dejar de llorar.

Por la tarde volví al hospital y la vi otro rato. Deseaba hablar, sabía que estaba sedada y no me iba a escuchar, pero al final me decidí a hacerlo.

—Carola, sé que no me escucharás, pero necesito decirte lo que siento en estos momentos y no es otra cosa que dolor —mi voz resquebrajada y el nudo en la garganta lo confirmaban—. No te mereces estar ahí, estabas llena de vida, de amor, de todo lo que una persona con un corazón como el tuyo merecía. No puedes quedarte ahí, tienes que luchar y volver a ser la que eras. Yo sé que te perdí, pero lo que no pierdo es la esperanza de que recuperes tu vida, aunque sea al lado de otra persona. Daría mis dos brazos porque abrieras los ojos y sonrieras, daría mi vida si ahora eso supusiera que recuperaras la tuya. La vida es muy injusta, pero me niego a pensar que te va a llevar a un lugar que no te corresponde. Aquí estaré cada día, no te voy a dejar sola ni un solo instante, pero tú... Tú lucha, sal de esta, no te puedes quedar por el camino. Hazlo por lo que más ames en el mundo, pero hazlo.

Rompí a llorar más como un niño pequeño y una enfermera me avisó con tristeza de que había acabado la visita.

—Cuidadla, es lo único de valor que tengo —dije mirándola a modo de súplica y asintió con la cabeza. Su rostro indicaba que entendía mi dolor.

Salí de allí destrozado, peor que horas antes. Ver a Carola así era inaguantable, algo difícil de comprender, de digerir; algo que me partía el alma y me impedía respirar con normalidad.

Los cuatro siguientes días acudí a las dos visitas diarias que me permitían. En cada una de ellas le decía lo mucho que la amaba y también lo mucho que tenía que luchar por salir de esa. Cada día me iba más hundido que el anterior a pesar de que el doctor me transmitía que a peor no había ido, pero es que a mejor tampoco, y eso era lo que más me dolía.

Algo que me remordía la conciencia era su familia, pero no me atrevía a llamarlos. Les dije a los de la organización que lo dejaran todo en mis manos y la verdad es que no sé cómo, pero accedieron.

Terry apareció un día con todas las pertenencias de Carola y con las mías. Volver, yo no iba a volver, ella menos; si salía bien o mal, Carola tenía que regresar a España, solo pedía que lo hiciera a mi lado y no en la bodega del avión, aquello me marcaría de por vida.

Estaba viviendo todo un infierno al que no le veía salida. Solo me quedaba esperar, además ahora iban a comenzar a bajarle la sedación y me daba mucho miedo. Me aterraba pensar que en cualquier momento me dieran una trágica noticia, mucho peor que la del accidente, así que estaba

muerto en vida. No comía apenas y no dejaba de llorar, me estaba volviendo loco en aquel país de las desgracias, como lo llamaba en ese momento, donde su población y ahora también nosotros estábamos marcados por la tragedia.

Capítulo 13



Entré en la cafetería que había al lado del hospital. Por suerte, encontré allí el doctor, ese que me trataba con tanta paciencia y cariño. Me sorprendió la sonrisa que se le dibujó en la cara al verme.

Nos saludamos con un apretón de manos y yo lo miraba impaciente porque algo me decía que tenía alguna noticia que comunicarme.

—Preguntó por ti —esas fueron sus palabras y yo me eché a llorar mirándolo incrédulo y quedando en shock, no podía ni hablar —Tiene una lesión fuerte en la clavícula, pero creemos que fuera de eso poco más, el golpe fue duro y, aun así, no vemos lesiones severas en su cabeza.

Me abracé a él, así sin más, y él me correspondió con fuerzas; se veía que tenía una calidad humana increíble y un corazón enorme. Aquel médico representaba todo un ejemplo para su profesión, esa que se notaba que llevaba en el alma.

A Carola la habían pasado a una habitación y ahora sí que podía permanecer con ella, así que ni entré al hospital. Le dije al doctor que me iba a por mis cosas, a su lado me iba a quedar, aunque fuera durmiendo en un sillón; pero sola no iba a estar, eso lo tenía más que claro.

Cogí lo que necesitaba y el resto lo dejé allí, hablé con el chico y lo puse al día. Iba a volver poco, pero al menos todas nuestras pertenencias se quedarían en el hotel, demasiadas para llevar al hospital, así que preparé lo básico que necesitaría y volví a encontrarme con Carola.

Dos golpes a la puerta que estaba entreabierta y me asomé sonriendo, con la misma sonrisa que ella me recibió a sabiendas de que yo estaba en la ciudad. El médico la tenía al tanto.

—Me las has hecho pasar putas... —dije negando, acercándome a ella y besando su frente.

—¿Yo? Será tú que te has hartado de hablarme y yo no podía ni siquiera contestarte —eso me dejó inmóvil, no podía creerlo ¿me había escuchado?

Sonreía y agarraba mi mano, yo me senté a su lado, en una butaca que había, no sabía ni qué decir. Ya le había pedido hasta matrimonio en algunas de las muchas charlas que le dediqué, en otras hasta le deseaba suerte al lado de la persona con la que estaba. Todo me valía con tal de que reaccionara.

—No sabía que...

—Sí, escuchaba todo, sentía, solo que no podía hacérselo ver, pero yo rezaba porque me quitaran pronto la sedación. Gracias por haber estado a mi lado, gracias por todo —las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos mientras acariciaba mi mano.

—No llores y por supuesto que no te iba a dejar sola ni un solo instante, me tendrían que matar.

—A mí también si yo te dejara solo algún día —eso no lo entendí, pero me quedé mirándola con gesto de que me lo aclarara—. He pensado mucho este tiempo, por no hacerle daño a la otra persona me lo he estado haciendo a mí misma. No sé si será una locura, pero quiero estar contigo, a pesar de saber que me puedes volver a echar de tu vida.

—En la vida —comencé a llorar mientras besaba su mano—. No te volveré a fallar en la vida Carola, en la vida —recalqué de nuevo, convencido de cada palabra y de sentirme en ese momento el hombre más feliz del mundo, por verla así y por saber que de nuevo nuestras vidas iban a volver a unirse.

Le conté que no había tenido valor de llamar a sus padres y que no sabía si lo hice mal o bien, pero ella me tranquilizó y fue cuando me pidió el móvil que yo tenía con tarjeta internacional. Ella misma los llamó y los puso al tanto, los tranquilizó quitando importancia al asunto y les dijo algo que a mí me hizo volver a llorar de emoción; se volvía conmigo en cuanto pudiera. No se quedaba el año que le restaba, necesitaba que la vieran en España, además de que iba a tener que solicitar una larga baja laboral.

Una semana más tuvimos que quedarnos en ese hospital, una semana donde arreglé todo para la vuelta, nos íbamos directos para España. Pese a ello, Carola quería ir a despedirse de todos los de su aldea. Por eso, el día que le dieron el alta nos alojamos en mi hotel y al día siguiente dejamos los bártulos allí para irnos a pasar el día a la mencionada aldea. Teníamos que despedirnos de todos y juramos por nuestra vida que volveríamos algún día a verlos, que no los íbamos a olvidar.

La verdad que fue una fiesta como nos recibieron, sobre todo a ella, ya que todos habían estado muy preocupados por su estado de salud. La querían mucho y tenían bastantes motivos para sentirse agradecidos.

Yo estuve con Sharik y Siara un rato, abrazados, ellos lloraban pues me iban a echar mucho de menos. Esos dos pequeñajos ya se habían vuelto una parte fundamental de mi vida y ni que decir tiene que yo de las suyas; había surgido un *feeling* muy especial entre nosotros, una conexión que no sería fácil de romper; algo que era mágico, especial y de verdad, pues todo lo que allí surgía era de corazón.

Al anochecer volvimos a la ciudad con el alma dividida. Allí se quedaba una parte de nosotros, con esos llantos despidiéndonos y esos aplausos como si fuéramos héroes; cuando los únicos héroes eran ellos, esa era la realidad.

Dormimos juntos y abrazados. Nos besamos y acariciamos, no llegamos a más, no hacía falta, ella estaba con su brazo inmovilizado y yo era feliz solo con poderla abrazarla; con eso y con tenerla a mi lado...

Capítulo 14



Sentado en ese avión de su mano y con las muchas horas de vuelo que teníamos por delante, pero ¿y que importaba eso si traías de vuelta todo lo que fuiste buscando?

Bueno, mucho más, la fui buscando, pero contaba con que se quedaría allí hasta finalizar su contrato de trabajo. No obstante, el destino que a veces se muestra caprichoso y lamentablemente sorprendente, hizo que todo cambiara y ahora la pudiera tener a mi lado. La miraba con inusitada incredulidad, casi que necesitaba pellizcarme para creer que era real.

Estaba echada sobre mi hombro intentando dormir y yo jugueteaba con su pierna, acariciándola. Más que nunca, Carola necesitaba caricias para recuperarse de ese maldito accidente que a punto estuvo de costarle la vida.

Cargaba con un equipaje lleno de amor, no solo por traer de vuelta conmigo a la mujer que más amaba en el mundo aparte de a mi madre; sino por el hecho de haber dejado una parte de mi corazón en ese país que me había transmitido tantos sentimientos, uno detrás de otro.

Sharik y Siara me dolían, los iba a echar mucho de menos como al resto de los que allí había conocido, pero esos dos niños entraron como un huracán en mi vida. No en vano, habían conseguido sacar lo mejor de mí y habían robado gran parte de mi atención. Y ello a pesar de que Siara me las hizo pasar al principio canutas a base de explotarme globos de agua; en el fondo me hacía gracia cómo buscaba hacerse notar.

Sharik era el niño de los ojos tristes, que mostraba un gran amor y respeto por las personas; todo corazón, como la mayoría de los habitantes de esa aldea.

Todo había transcurrido como en una película de esas que van a mil por hora, menos los últimos días. En esos, cada minuto que estuvo dormida Carola sentía si me hubieran estado dando latigazos constantemente, lo pasé muy mal.

Y ahora íbamos a comenzar una nueva vida, una en la que no iba a permitir que nada ni nadie nos volviera a separar, en la que la iba a cuidar como el bien más preciado; pues me tenía que durar toda la vida. Carola era para siempre, ahora más que nunca lo tenía claro.

El vuelo lo pasé pensativo, reflexivo, valorando todo como nunca lo había hecho y escribiendo una carta mientras ella dormía, para dejársela leer durante el desayuno cuando estuviéramos llegando a España, donde íbamos a comenzar una vida en común.

“Querida, Carola.

He cruzado medio mundo para buscarte, para recuperar aquello que un día perdí por mi inconsciencia, por mi forma alocada de pensar, te puedo garantizar que de aquel hombre ya nada queda.

Te voy a cuidar y respetar cada minuto de mi vida. No permitiré que la tristeza embarre tu corazón, tu alma necesita amor, ese que transmites hacia todo el mundo y que ahora es el momento de que alguien te insufla también a ti.

Pensé que te había perdido para siempre, pero no. La vida me volvió a dar una gran oportunidad a pesar de no merecerla, al menos lo siento así, pero me la dio y ahora te tengo aquí, sobre mí, esperando a aterrizar de la mano contigo y para siempre; pues esto es así, para toda la vida.

Sé que a pesar de que contradecía tus principios, has renunciado a otro hombre por volver a estar junto a mí. Sé lo que eso supone para una persona tan leal como tú, pero jamás te fallaré, te voy a cuidar cada día de nuestras vidas.

Un día soñamos que crearíamos una familia, nos casaríamos, lo hablamos durante ese viaje tan especial a París y ahora creo que es hora de que lo cumplamos. Como es normal, con calma, con tiempo, pero tenemos que hacer realidad todas esas maravillas que un día soñamos.

Mi vida, eso es lo que tú eres para mí; mi todo, mi alegría y casi diría que el motor que permite que sea capaz de respirar bien y colmado de felicidad.

Durante tu hospitalización llegué a soñar que estábamos en nuestra casa, rodeados de niños corriendo y riendo alrededor de nosotros, nuestros hijos ¿no sería bonito algo así?

Siento que ahora todo será diferente, desde la madurez que antes me faltaba, desde el amor tan grande que siento por ti; pues es hora de que sea yo el que todo lo demuestre.

Mi niña, esa serás siempre para mí, por muchos príncipes y princesas que tengamos, no dejarás de ser la más especial de la casa; pues eres todo luz, lealtad, amor, lo eres todo para mí.

Vuelvo con el corazón lleno de tantas cosas que nunca imaginé y que tú siempre me explicabas, ahora lo entiendo... No hace falta tenerlo todo, lo bonito es estar en el lugar adecuado para que se perciba lo que realmente es importante y no. Eso me traigo de Ruanda, el lugar que abrió mi corazón y que conocí gracias a ti, ahora veo la vida de otra manera.

Sé que volveremos juntos y de la mano, al igual que a tantos sitios que me seguirán abriendo el corazón, a ti no te hace falta... el tuyo es inmenso y lleno de todo aquello de lo que yo carecía. Ahora lo voy llenando poco a poco y lo seguiré haciendo junto a ti, en todos esos lugares que nos quedan por conocer y vivir.

No sé cuándo, ni donde, pero estoy completamente seguro de que algún día nos daremos el “sí, quiero”. Yo lo estoy deseando, me siento más preparado que nunca, con ganas, con ilusión, mi mundo siempre serás tú...

Te amo con todo mi corazón.

Manuel...”

Epílogo



3 años después...

Carola miró a su hermano y se rio. En cierto modo, él había sido el “culpable” de que yo fuera a buscarla a Ruanda en su día. Y lo fue porque a través de él obtuve información de la mujer de mi vida. Bien sabía el muy bribón que era más que probable que su hermana en el fondo me siguiera queriendo y terminara por aceptarme.

El vuelo estaba resultando de lo más tranquilo y la cara de felicidad de los nuestros también lo decía todo. De hecho, no les extrañó en absoluto cuando les dijimos que Ruanda era el lugar elegido por nosotros para darnos el “sí, quiero” y más concretamente el poblado en el que Carola prestó sus servicios sanitarios años atrás y en el que dejó una partecita de su corazón. Y del mío, ya de paso.

Lógicamente, la nuestra no iba a ser una boda convencional, como tampoco lo era el hecho de que la celebráramos a miles de kilómetros de nuestra casa, por lo que únicamente nos acompañaban los más allegados.

Por mi parte, mis padres, Alberto y Rafaela, además de mis hermanas, Eva y Nani, que aparte de cuñadas se habían convertido en las mejores amigas de Carola. Eva tenía un niño, Santi, nuestro sobrino, más blanco que la leche y es que ella decía siempre que era porque nació congelado, al venir de una fecundación in vitro. Mi hermana tenía un sentido del humor de lo más desarrollado y ya sabía yo que la iba a liar en la boda. Santi contaba con siete añitos de edad, la misma que tenían ya Siara y Sharik, aquellos dos pequeñines a quienes mi casi ya mujer y yo estábamos deseando estrechar entre nuestros brazos.

Por la parte de Carola, sus padres, llamados María y Antonio, más el fenómeno de su hermano Víctor; el artífice de nuestra reconciliación.

Después de una escala y más de trece horas de vuelo, por fin pusimos los pies en Ruanda. Alquilamos un par de jeeps que nos llevaran hasta el poblado y en el momento en el que me puse al volante de uno de ellos, sentí que Carola tenía la sensación de estar de nuevo en casa.

Pese a contar con un buen puesto de trabajo en España, ella echaba de menos hasta la extenuación a todos aquellos integrantes del poblado que con tanto cariño la acogieron durante años, haciéndola sentir un miembro más de aquella tribu que llevaba para siempre consigo allá donde fuera.

Tan pronto empezamos a recorrer sus parajes, vi que nuestros familiares se quedaban con la boca abierta. Conforme íbamos dejando atrás la capital, Kigali, las verdes colinas se convirtieron en nuestras compañeras de viaje.

Antes de eso pasamos delante el estadio Nacional de Amahoro, a las afueras de la capital, donde Carola nos contó que había acudido en alguna ocasión a apoyar a la selección ruandesa. Santi era un enamorado de todos los deportes en general, y decía que quería bajarse allí mismo. Mientras, su madre, Eva, lo sujetaba, no fuera a ser que al bichillo aquel le diera por saltar del coche en marcha.

Comprobé también con regocijo que el trasiego de turistas era mayor incluso que cuando yo estuve allí. Se confirmaba así que el turismo en Ruanda se estaba afianzando, convirtiéndose en uno de los pilares esenciales de su economía, y eso me alegraba tanto... Si algo quería yo para aquellas gentes era su bienestar.

Carola estaba como hipnotizada. Me miraba a mí, miraba al paisaje y miraba a Santi.

—Tito, ¿y hasta aquí viniste para que la tita Carola volviera contigo?
—me preguntaba emocionado.

—Hasta aquí vine, enano, y hasta el fin del mundo hubiera llegado por reconquistar a este bellezón..., ¿no es la tita más guapa del mundo?

—Sí, sí, que lo es, pero hasta el fin del mundo hemos llegado, porque esto está muy lejos. Yo creo que hemos tardado por lo menos un año en llegar, ya estaba harto de avión...

Santi derrochaba imaginación y nos hizo reír.

Todos los nuestros permanecían con los ojos abiertos como búhos y sus padres le decían a Carola que ahora entendían que África la hubiera atrapado.

—Todavía no podéis entenderlo, la clave no está en el lugar, sino en sus gentes... Si los paisajes os parecen mágicos, esperad a conocer a las personas.

—Sí, sí —añadí —Yo no sé qué tienen, pero se hincan como un dardo directamente en tu corazón y te das una panzada de llorar cuando tienes que despedirte de ellos.

—Eso, pues ya os lo ha contado Manolo de una forma resumidita y rápida, yo no lo hubiera dicho mejor —rio ella.

Un rato después llegamos al poblado y entonces sí que nos enteramos de lo que eran lágrimas de emoción de verdad. Allí estaban todos sus habitantes, esperándonos entre aplausos y cánticos de júbilo del lugar.

—¿Qué cantan? —preguntaba mi suegra.

—Es una canción muy bonita, mamá, con la que nos dan la bienvenida y que viene a decir que sus corazones saltan de alegría al ver llegar a sus amigos del alma —menos mal que teníamos a Carola, porque si tengo que saber yo lo que cantaban, íbamos apañados.

—Hija mía, menos mal que yo he traído clínex para parar el tren, porque me da a mí que aquí va a llorar hasta el apuntador.

—Manolo, ¿tú ya estás...? —me preguntó Carola.

—A mí es que se me ha metido una cosilla en un ojo —dije, dándole trabajo al dorso de mi mano, que empezaba a funcionar como un parabrisas.

—Pues tiene que haber sido por lo menos una rama entera de un árbol, cariño, porque te estás poniendo los ojos finos de llorar.

La razón de mis lágrimas era que todos los niños del poblado, capitaneados por Sharik y Siara, portaban una pancarta escrita en español en la que se leía “Gracias por venir a casaros a nuestra casa”.

Los miré y los dos pequeños salieron corriendo hacia nosotros. Lo hicieron con tal fuerza que a punto estuvimos de dar con nuestros huesos en el suelo. El resto de los niños nos siguieron, incluso algunos que eran bebés, o que ni siquiera habían nacido cuando nosotros nos marchamos, venían corriendo hacia nosotros coreando “Carola” y “Manolo”.

Sharik y Siara, igual que el resto de los pequeños, habían crecido una barbaridad...

—Pero bueno, ¡qué grandes estáis! —les decíamos mientras tocábamos sus cabecitas y ellos nos regalaban las mejores de sus sonrisas.

La emoción del momento era realmente indescriptible. Y, si precioso fue ese instante, más bonito todavía fue el que Santi se acercó al resto de los niños y todos le dieron la bienvenida, alentándolo a que los siguiera.

Mi sobrino nos miró buscando nuestra aprobación y Carola y yo le instamos a que corriera con el resto de los pequeños. Los mayores se acercaron a nosotros y, uno a uno, nos fueron dando la bienvenida. Aunque noté que también les daba mucha alegría verme, el reencuentro especial fue con Carola, la gran profesional que durante un tiempo dedicó su vida en cuerpo y alma a procurar su bienestar.

Las mujeres habían preparado un pequeño almuerzo para compartir en el centro del poblado, con el que agasajarnos. La humildad de este, no le restaba un ápice de sabrosura.

Helen seguía en el poblado y fue la última en abrazar a Carola.

—Esto no es lo mismo desde que te fuiste, tendrías que replantearte volver —le comentó para buscarme un poco la lengua.

—De eso nada, yo os la presto, pero luego me la tenéis que devolver para llevármela a España —reí.

—Pues tú di que el verano que viene ya nos toca volver a pasar el mes de vacaciones aquí, en el voluntariado —me sacó Carola la lengua y supe que hubiera cedido una y mil veces a sus deseos, así como que aquella era la lengua que yo quería atrapar de por vida... A ella y a su dueña.

Dejamos nuestras pertenencias en el edificio de voluntarios, donde nos habían reservado toda un ala, y bajamos a degustar aquel exquisito almuerzo mientras hacíamos todas las presentaciones.

Las mujeres del poblado les contaban a nuestras madres la labor encomiable que Carola había realizado allí durante años, mientras que mis hermanas le decían que menudo enchufe tenía.

El almuerzo nos resultó delicioso y lo degustamos con ansias. Sharik y Siara se situaron a nuestro lado y no podían parar de reír mientras nos miraban. La felicidad se reflejaba en sus ojos y nosotros estábamos de lo más entusiasmados.

En cuanto a Santi, acababan de acogerlo como uno más, y ambos ponían en sus manitas la comida, explicándole en su idioma qué era cada cosa. Aunque él no los entendía, tampoco hacía ninguna falta, pues las sonrisas de complicidad se sucedían entre ellos.

Mi hermana Eva lo miraba y ya sabía yo que iba a soltar una de las suyas...

—Mi Santi aquí es un blanco fácil —comentó, echándose a reír.

—Esa ventaja que llevas, así lo tienes localizado —le contesté, mientras Carola me daba un codazo a modo de broma.

Después de almorzar, nuestros familiares decidieron echarse un rato, estábamos todos exhaustos del viaje. Sin embargo, Carola y yo no podíamos descansar, Ruanda exhalaba adrenalina y nos había activado de golpe.

Un rato después, de la mano, recorrimos el camino que llevaba hasta el lago. En esa ocasión tuvimos suerte y estaba solo. Llegar hasta aquel lugar, en el que tanta incertidumbre viví, de su mano, me resultó sencillamente magnífico.

Nos sentamos a la sombra de los árboles y la besé.

—Nunca pensé que volviera a este sitio y contigo. Así que ya de lo de casarnos, ni te cuento. Este es un sueño hecho realidad —le di un beso.

—Yo nunca pensé verte a ti por aquí y un buen día te encuentro dando clase... Si es que la vida te da sorpresas, ¿o no lo sabes tú todavía?

Y sí, así era... y a veces la sorpresa viene en forma de globo hinchable.

—Pero ¿quién os ha comprado eso? —me levanté chorreando.

—He sido yo, hermanito, y no vayas a decirle ni mu a los niños, que han tenido toda la gracia... y la puntería.

—Sí, en particular aquella tiene una puntería que no veas —señalé a Siara que era quien me lo había tirado.

—Alguien se va a llevar su ración de cosquillas, ya lo verás —murmuró Carola viendo cómo me iba hacia Siara y ella corría y gritaba.

Después del numerito de las cosquillas, Eva se sentó con nosotros y nos comentó que había venido a echarle un vistazo a Santi, que por lo visto nos había seguido de lejos con los otros dos elementillos.

En nada, llegaron Nani y Víctor.

—Pero bueno, ¿vosotros no os ibais a dormir todos?

—No podemos, este lugar tiene algo que invita a recorrerlo —añadió mi cuñado, quien estaba fascinado por el entorno, igual que el resto.

Se sentaron con nosotros y Carola les empezó a contar mil y una anécdotas de cuando vivía allí. Todos la escuchaban embobados y es que no era para menos. Incluso yo que las conocía, no podía dejar de escucharlas una y otra vez.

—Cuando te vengas un mes de voluntaria, te traes a mi niño, cuñada. Yo no creo que haya otro lugar en el mundo en el que pueda disfrutar más

—Eva señaló a Santi que echaba agua a diestro y siniestro a otro grupo de niños que se habían acercado.

—También podríamos venirnos todos, aquí siempre hay mucho que hacer y todas las manos son bienvenidas —propuso ella.

—Pues no te digo yo que no —le contestó mi hermana Nani —Eso sí, me tienes que buscar un novio aquí, aunque solo sea para un mes.

—Ah no, que vosotras sois muy mayorcitas, cada una que se busque la vida. Tú echa un vistazo y tu hermana que eche otro... a mí no me metáis en fandangos, que os veo venir.

—A su hermana déjala —bromeó Eva— que bastante entretenimiento tengo yo con Santi, no me hace falta más.

Por la tarde comprobamos las buenas migas que nuestros padres habían hecho con las gentes del poblado. Las mujeres les enseñaban a nuestras madres sus chozas, lo que cocinaban y sus modos de vida. Y lo hacían con cariño y dedicación.

En cuanto a los hombres, se encargaban de recorrer con nuestros padres las cercanías del poblado, hablándoles de caza y de otros temas que, por gestos, parecían entender a la perfección.

El día pasó más rápido de lo que esperábamos y en nada se hizo de noche. Después de degustar la cena bajo las estrellas, que compartimos con los nativos entre cánticos, todos se fueron a dormir. Carola y yo nos casábamos al día siguiente y estábamos en el mejor de los lugares para despedir nuestra soltería, alumbrados por aquellos astros que tanto adornaban el cielo.

Nerviosos, nos resultaba imposible dormir, por lo que los arrumacos se sucedieron entre nosotros durante un largo rato.

—Tenemos que echarnos a dormir o mañana voy a parecer la novia cadáver, ¿no crees?

—No digas esas cosas ni en bromas, ¿sabes cómo me sentí cuando tuviste el accidente? Rogaba al cielo a cada instante para que me diera la oportunidad de volver a disfrutar de ti, de que llegaras a saber lo muchísimo que yo te quería, amor.

—Y lo sé, lo sé, me lo demuestras todos los días —hizo un gestito lujurioso.

Cierto que Carola y yo nos demostrábamos lo mucho que nos queríamos todos los días, incluso a veces más de una vez. Desde que ella

había vuelto a mi lado, yo me propuse vivir la vida con total intensidad, lo que incluía que nos perdiéramos entre las sábanas cada vez que teníamos ocasión.

Esa noche, sin embargo, nos quedamos uno en brazos del otro, disfrutando de unas infinitas caricias que suponían el prolegómeno del día más importante de nuestra vida; aquel en el que íbamos a cambiar de estado civil, para unir nuestras existencias para siempre.

La mañana amaneció preciosa en el poblado. La principal sorpresa que nos llevamos, nada más salir, fue a un grupo de mujeres ataviadas ya con la vestimenta ceremonial del país.

—¡Qué trajes tan bonitos! —exclamó Eva—. Yo quiero uno de esos...

Se aproximó a tocar aquellos vistosos y coloridos vestidos que consistían en una falda que se dobla y ata a la altura de las caderas junto con una banda de tela que llevan caída sobre uno de sus hombros.

—Son preciosos, su nombre es el “*mushanana*”—nos contó Carola, que había presenciado varias bodas en el lugar.

Después de tomar un desayuno que nos supo a gloria, nos dispusimos a arreglarnos para la ocasión. Las mujeres le comentaban a Carola que estaban deseosas de verla vestida de novia y ella no podía disimular la emoción por haber mantenido en secreto los detalles del vestido, como cualquier otra novia.

A media mañana ya todo estaba preparado para dar el gran paso. Aunque tendríamos que validar nuestra unión posteriormente en España, de allí saldríamos más que casados. El oficiante, que era el jefe del poblado, oficiaría la ceremonia en la lengua local, el “*kinyarwanda*”, que Carola nos iría traduciendo.

Yo ya estaba vestido de novio, esperándola, en el centro del poblado. Habíamos decidido que las nuestras serían unas indumentarias sencillas, por lo que en mi caso lucía un pantalón de pinzas beige y una camisa de lino blanca con el cuello Mao.

Los vítores de todos los presentes me indicaron que Carola se estaba aproximando. Me quedé inmóvil al verla aparecer, con aquel informal semirrecogido que le habían hecho mis hermanas y ese vestido en blanco y corto que realzaba todas y cada una de sus impresionantes curvas.

Llevaba mucho tiempo imaginando qué habría elegido para la ocasión, pero verla avanzar hacia mí vestida así superó todas mis expectativas. El

suyo era un vestido tan natural como ella, que dejaba un hombro al aire, haciendo un guiño al traje tradicional del resto de las mujeres. En contraste con ellos, su claridad hacía lucir a Carola como un ángel.

—Esto se avisa, no se puede venir tan bonita, es un abuso —le di un emocionado abrazo con el que comprendí que acababa de abrir de nuevo el grifo ese que tenía en los ojos.

—Cállate, “Olo”, que me vas a hacer llorar a mí también —se refirió a mí de la misma forma que lo hacían los niños cuando llegué al poblado.

Uno de los detalles más entrañables de la ceremonia era que Sharik, Siara y Santi portaban las alianzas. Todos estaban monísimos, pues a nuestro sobrino lo habían vestido de forma similar a los otros dos pequeños, por lo que parecían tres caramelos.

—La niña no lleva globos, ¿no? —le pregunté a Carola, pues no quería salir escaldado también el día de mi boda.

El oficiante comenzó con la ceremonia y Carola nos iba traduciendo....

—Y ahora es cuando me ha preguntado si quiero unir mi vida definitivamente a la de Manolo —nos comentó.

—Y ahora es cuando tú te lo tienes que pensar, cuñada, que es mi hermano, pero también muy cansino —chilló Eva.

La miré con cara de que era un caso y, cuando Carola les tradujo a los lugareños lo que la loquilla de mi hermana había dicho, todos se echaron a reír sin poder parar.

—Cásate con él, que es bueno —le dijo Siara a Carola en su lengua y me la quise comer cuando ella me tradujo.

Fue una boda multicultural y multicolor, en la que no faltaron los momentos conmovedores y tiernos, y en la que los niños se portaron fenomenal.

Eso sí, fue acabar y ponerse todos los pequeños en fila para, con Siara al frente, ofrecernos su particular versión de La Macarena... Lo mejor de todo fue que los mayores les siguieron y en un periquete allí estábamos todos bailando como si no hubiera un mañana.

Carola y yo nos mirábamos con la sensación de haber cumplido el gran sueño de nuestra vida, y de haberlo hecho en el mejor de los escenarios.

A continuación, llegó una furgoneta con el almuerzo nupcial. Bueno con el almuerzo, con la merienda y con la cena, porque allí teníamos para largo.

Desde el mismo momento en que Carola y yo pensamos en casarnos en el poblado decidimos agasajarles con un convite a la altura del bonito día que íbamos a vivir. Así, contratamos un catering con comida local, de lo más selecto, para que el día fuera totalmente perfecto. Incluso no faltaba la tarta nupcial que haría las delicias de los niños.

Los niños... esos pequeños para los que todo nos parecía poco y para los que también encargamos unos cucuruchos de chuches que devoraron a placer.

Servimos la comida tipo bufé gracias a unos caballetes que traían los empleados de la empresa del catéring y que quedaron sensacionales en medio del poblado.

Tras el almuerzo, y antes del corte de la tarta, las mujeres nos invitaron a imitar sus danzas y yo... Yo hice lo que pude. En cuanto a Carola, entre que ya las conocía y que llevaba el ritmo en el cuerpo, parecía una más de ellas.

—Tú eres una asquerosilla —le decían mis hermanas entre dientes, mientras intentaban seguirles los pasos, que revestían cierta complicación.

Víctor se unió a mis hermanas y era un cromo verlos a los tres, aunque lo mío también era patético, así que yo calladito estoy más guapo. Nuestras madres se animaron también y estuvimos bailando hasta el corte de la tarta.

En ese instante, Carola dijo unas palabras referentes a lo mucho que todas aquellas personas significaban para ella y, por primera vez, vi lágrimas rodar por algunos de aquellos rostros, que ya me eran tan familiares. Impresionante pensar que todos llevaran sus duras existencias con tantísima entereza y que, no obstante, pudieran llorar el día de nuestra unión, emocionados como estábamos.

—Yo sé que a mí no me entendéis, pero reviento si no digo que os quiero —les dije y Carola se lo tradujo.

“Quiero, quiero” repetían todos ellos a su manera y el eco de aquellas palabras resonaba con fuerza en mi cabeza.

Repartimos raciones dobles de tarta, que todos degustaron con ilusión en los ojos y luego seguimos bailando, riendo y disfrutando durante horas.

Antes de eso, Carola había dividido el sencillo ramo rústico que llevaba entre mis dos hermanas.

—Esto para mis petardas, a ver si las caso un día...

—Yo estoy echando una visual, a ver si te doy en el cantito del gusto — le comentó mi hermana Nani.

Más calmados, por la noche, les ofrecimos un almuerzo tras el que los cánticos volvieron a resonar. En las gargantas de aquellas mujeres se reflejaba la fuerza de África, una fuerza que imperaba en unas vidas admirables que Carola y yo habíamos tenido el gusto de compartir con ellos, sobre todo la que ya era mi mujer.

“Mi mujer” qué bien sonaba y cuánto lo había deseado. Se lo estuve diciendo todo el día y se lo recordé por la noche, antes de entrar en el lecho nupcial, que las nativas habían arreglado para la ocasión.

—Ya está hecho, ya no puedes escaparte —le dije acariciándole el pelo mientras nos metíamos por primera vez en la cama como marido y mujer.

—Tú no me pongas a prueba, que ya sabes cómo me las gasto — bromeó ella.

—Si, tú te vienes aquí, coges un Jeep y no te vuelve a encontrar ni Paco Lobatón. No te preocupes, que yo ya tomé nota una vez y no pienso volver a ser tan gili... —me eché a reír.

—Menos mal que le echaste un par de pelotas y viniste a buscarme...

—Un par de pelotas le echaste tú, cariño, que cuando yo vi la labor que estabas desempeñando aquí me enamoré más todavía de ti, y eso que pensaba que era increíble.

Aunque para increíble el globazo de agua que en ese momento entró por nuestra ventana y que fue a parar en toda mi cabeza.

—Esto es la monda, ¿esa niña tiene rayos x? ¿Cómo ha podido colarla por la ventana y que me dé a mí en la mollera?

—Será porque eres un cabezón, Manolo, yo siempre lo he dicho —rio Carola.

Aunque me acordé de la madre de mi hermana, que era la misma que la mía, por haber llevado los globos para los niños, reconozco que lo di todo por bien empleado con tal de escuchar aquella pegadiza risa de Carola.

Miramos por la ventana y los niños, a quienes ya creíamos acostados, corrían por el poblado. Aquellos pequeñajos eran incombustibles y Siara era la poseedora del don de mando, como todos los indicios hacían presagiar.

A salvo de ellos, me dispuse a entrar en mi lugar favorito; en Carola. Aquellas humildes paredes iban a ser testigos de un acto que trascendía el

mero sexo para convertirse en amor en estado puro. Fue una noche inolvidable en la que ambos nos juramos amor eterno y en la que tomé absoluta conciencia de la suerte que tenía por poder comenzar una vida en común con ella... En “la Perla de África”, como algunos llaman a Ruanda, comenzaba nuestra andadura en común... Una andadura que me volvía loco de felicidad.

Al día siguiente, con el cuartel general instalado en el poblado, llevaríamos a nuestras familias durante un par de días a ver los lugares más emblemáticos de Ruanda. Después de eso, ellos ya se marcharían y Carola y yo seguiríamos un par de semanas más recorriendo sus verdes tierras.

Aquel pequeño y fascinante país tenía mucho por mostrarles y Carola les estuvo enseñando algunos de sus más preciados rincones durante las cuarenta y ocho horas que nuestras familias permanecieron con nosotros.

La hora de la despedida fue especialmente conmovedora, pues Siara, Sharik y Santi se abrazaron, no queriéndose separar.

—Algún día volveremos a verlos —le decía Eva a su hijo mientras íbamos en el jeep, camino del aeropuerto.

—Y entonces les traeré algunos de mis juguetes, mamá. No es justo, ¿sabes? Yo tengo muchos y ellos apenas tienen ninguno.

Miré con orgullo a mi sobrino. Me gustó ver que la solidaridad viene desde las raíces. Carola, que estaba conduciendo, levantó el pulgar en señal de que estaba orgullosa de él y ambos chocaron los cinco.

Nuestra luna de miel en solitario comenzó con algo que nos había quedado en su día en el tintero, pues yo ardía en deseos de hacer un safari como Dios manda por Ruanda.

Comenzamos nuestro recorrido por el Parque Nacional de Akagera, en el que tuvimos ocasión de hacer un crucero por el Lago Ihemba, durante el cual tomamos decenas de fotos.

Todas las instantáneas que tomáramos durante nuestra luna de miel servirían para acompañar a las muchas que ya llevábamos de nuestra boda, en la que los niños eran los protagonistas indiscutibles junto con nosotros, los novios.

En días posteriores visitamos Butare y el famoso palacio del rey. En esa ciudad, Carola y yo disfrutamos del arte de los bailes tradicionales

ruandeses, los conocidos como “*Los Itore Dancers*” así como del ballet nacional.

También estuvimos en el lugar considerado como de mayor concentración de primates del mundo, pues en el Parque Nacional Bosque Nyungwe vimos hasta trece especies diferentes.

—¿No son de lo más mono? —me preguntaba Carola haciendo muecas, aunque para mona, mona, ella, que era una preciosidad.

Caminar con mi mujer cogida por la cintura al atardecer, por los campos de té, fue otra experiencia inigualable, de esas que los dos grabamos inmediatamente en el disco duro de nuestras cabecitas.

Y sí, no pudimos resistirnos a la tentación de volver a visitarlos. Ruanda lleva impresa la letra g de gorila y esos grandullones volvieron a atraer nuestra atención, por lo que repetimos aquella excursión tan magnífica. Para la ocasión escogimos una familia de gorilas de montaña que moraba en los puntos más recónditos del Parque Nacional de los Volcanes, por lo que acceder hasta ella nos llevaría entre cinco y seis horas.

Lo hicimos así porque aquella excursión nos permitiría adentrarnos en los confines del parque como nunca lo habíamos hecho. De nuevo la experiencia fue oro líquido y, cuando llegamos, comprendimos que todo había merecido la pena por permanecer una hora al lado de aquellos animales que no tendríamos oportunidad de ver en ningún otro lugar del mundo.

El final de nuestro extenso y completo recorrido fue un crucero por el Lago Kivu, cuyas vistas bien eran motivo suficiente para alargar aquella estancia que no deseábamos que terminara.

Los pocos días que nos restaban antes de volver a España los pasamos Carola y yo en el poblado. Estrenarnos como matrimonio al lado de la que ya considerábamos nuestra otra familia fue todo un lujo.

Acogidos por ellos con todo el cariño, aprovechamos para dejarlos provistos de material escolar y sanitario. Para poder efectuar esa compra, abrimos una cuenta solidaria en la que nuestros amigos y familiares contribuyeron económicamente como regalo de boda... Nuestra idea era que aquellos regalos fueran a parar a las manos de quienes más los necesitaban y por eso lo convertimos en un material con el que

volveríamos a contribuir al año siguiente, cuando regresáramos como voluntarios.

—¿Y si el año que viene tenemos nosotros una Carola corriendo por ahí? ¿Te has planteado cómo venir, entonces?

—Míralas a ellas —me señaló Carola cómo portaban a sus hijos pequeños algunas madres mientras trabajaban.

—Soy un patán, tienes toda la razón —miré al suelo y comprendí que todavía podía aprender muchas cosas más de aquellas gentes.

—Si ellas pueden hacerlo, nosotros también. ¿O es que nuestros hijos valen más o son más delicados que los suyos? Te digo yo, que he traído a muchos de ellos al mundo, que todos salen por el mismo sitio; somos nosotros quienes hacemos distinciones.

Cada vez que Carola abría el pico, subía el pan. En ese instante, estiró los brazos y le pidió a una de esas mamás que le dejara un poquito a su bebé.

Una vez en sus brazos, el niño echó a reír, feliz.

—Te queda fenomenal, ¿te lo he dicho ya? —la miré pensando que aquella estampa, incluido el contraste del color entre mi mujer y aquel bebé, era la más bonita que había visto en la vida.

—Manolo, que te veo venir —se rio.

—¿Tú crees que alguna vez tú y yo...?

—¿Si aparte de tener un hijo biológico podríamos adoptar a uno de estos pequeños que se quedara huérfano? No lo dudes, Olo, no lo dudes...

Yo veía a Carola capaz de eso y de cualquier cosa. Si algo me había enseñado mi mujer es que África la había fortalecido como a los árboles, desde las raíces.

Disfruté de aquel último atardecer en África de una manera muy especial, cuando el ocaso tiñó a la par el cielo y el suelo de colores vivos. Y es que, cuando el sol se oculta en el continente africano, el cielo se colorea de mil tonalidades.

Magia en el cielo y magia por estar en Carola, eso fue lo último que retuve en las retinas antes de irnos a dormir en nuestra última noche allí. Nos costó dejar de alumbrarnos con las estrellas y un nudo se hizo en nuestras gargantas al retirarnos a nuestro dormitorio.

Al día siguiente, un avión nos esperaba para devolvernos a España. Por suerte, me llevaba de vuelta a la mejor compañera de aventuras, una que

me había enseñado que dar es la mejor manera de recibir.